

## IV

### EN LOS ANDES DEL ORO

**S**UBRAYABA, antes, la extremada diversidad de los paisajes, como siendo uno de los atractivos de la tierra americana. Un nuevo aspecto, más inesperado todavía, me quedaba por ver.

Algunos días después de nuestra vuelta a las márgenes del Gualí, Alejandrino me decía: "Mi amo, si usted quiere ver tesoros sin explotar, riquezas sin dueño, tendrá que bajar hasta las tierras baldías que quedan cerca del río La Miel y pasar unos días en la selva, al azar de los cateos, como hacen los "mazamorreros". La idea me sedujo. Las tierras baldías, o tierras del Estado, son aquellas cuya propiedad, mediante la debida denuncia y el pago de unos derechos, se confiere al primer ocupante. Los cateos significan en la jerga del oficio las calicatas, y, finalmente, por mazamorreros se entiende a los mineros errantes, cuya principal impedimenta es una batea y que se alimentan esencialmente de mazamorra, especie de caldo de hierbas con granos de maíz espolvoreado con ceniza, unas gachas.

—Conforme —dije a Alejandrino—, cómprame una batea y un carriel.

El carriel es el segundo utensilio del mazamorrero. Consiste en un morral o zurrón de cuero con fuelle que se lleva en bandolera sujeto por una correa. En el fondo de todos los carrieles que se ven por las calles hay dos navajas barberas, una para batirse y otra para afeitarse, un espejo pa-

ra mirarse, un peine para peinarse y papel para escribir a la novia.

Navajas de combate... Los mazamorreros, en efecto, como, por lo demás, mucha gente del pueblo, principalmente en Antioquia, dirimen sus discordias al filo de esa arma tan temible como traicionera... Las heridas son horribles... Cuando se ve una cara con un costurón, recompuesta de mala manera, hay que pensar: es la barbera. Cuando se ve de lejos una mano baja, en guardia, envuelta en un pañuelo, hay que decirse: cuidado con la barbera.

Puse, pues, en el morral, mis objetos de aseo, pero una sola navaja de afeitar y nada de papel de cartas.

Al día siguiente desembarcábamos en Buenavista, en la confluencia del río La Miel con el Magdalena, en pleno continente negro. Sí, en Africa, bajo los cocoteros, ante el gran telón de la selva virgen, en medio de los negros. Estos oscuros descendientes de los esclavos emancipados por la guerra de la Independencia han constituido pequeñas colonias que los blancos procuran evitar, desde luego. Entregados a ellos mismos, resucitan allí donde sientan sus reales, por la fuerza del atavismo, esa Costa de los Esclavos de la que sus infelices abuelos fueron arrancados. Piraguas en la orilla, entre los reflejos de la alta, de la umbrosa, de la melancólica selva, sol que al levantarse dora las aguas del Magdalena, lo mismo que allí dora las del lago Tendo, rapaces de ébano, indolencias de madres con el vaivén de su vientre siempre hinchado, a punto de estallar, todo da la sensación absoluta de la Guinea, pero de una Guinea expatriada, de una Africa diminuta, separada desde hace mucho tiempo del continente paterno, que permite apreciar lo que tres siglos de esclavitud y uno de libertad han ganado sobre la barbarie ancestral, lo que han inculcado de civilización en el encéfalo refractario del negro del Dahomey.

Esos progresos se refieren, también, a la religión, pues Buenavista tiene una iglesia a la que se va de la manera más incoherente, más irreverente que uno pueda imaginarse. El culto que en ella se celebra huele a fetiche, y lo dispar de los objetos que hay en el altar recuerda las baratijas de la choza sagrada. Además, se les trata con la familiaridad más excesiva; cualquiera de los feligreses sube al tabernáculo y lo lleva por la aldea a cualquier parte, en extravagante procesión, según el rito de fantásticas y desordenadas liturgias, con acompañamiento de música de acordeón indecorosa.

La vena de locura latente en el encéfalo del negro se advierte todavía en esas manifestaciones burlescas. Por otra parte, si las costumbres se han dulcificado en general, el desdén astuto del descendiente de Bedazin (1) subsiste todavía en la mirada recelosa que dirige, en el silencio que guarda, siempre despreciativo, desde que sabe que el vergajo no amenaza ya sus espaldas. Pero le traiciona la misma cautela con que se acerca: si se muestra amable, hay que desconfiar del designio secreto que le trae y del negocio que proponga.

En resumen, el saldo qué arroja esta larga trasplatación sería éste: la inclinación al robo continúa la misma, se advierte una menor repugnancia por el trabajo. Difícilmente perfectible, la raza de Caín se arrastra, sin progresar, por los continentes. En los países amarillos, rojos o negros, por las malezas de América o por las carreteras macadamizadas, el mono con cara de hombre, digan lo que quieran los filántropos y los soñadores, recorre el mundo sin lograr asimilarse, ni sacudir la maldición proferida sobre su nacimiento, lo úni-

---

(1) Behanzin, rey del Dahomey, vencido por los franceses, internado en la Martinica, muerto en Argel en 1906. N. del T.

co que consigue es corromper los pueblos con los que se mezcla, ucerar todo lo que toca una gota de su sangre impura. Ayudaron a completar el cuadro familiar de mi aislamiento los aguaceros bajo los que llegué a Buenavista. Aunque estuviéramos en la época en que el invierno debía calmarse, parecía, por el contrario, redoblar su virulencia, cebándose sobre esta región convertida toda ella en un lodazal. Las nubes plumizas, violáceas, se sucedían sin interrupción, vertiendo las cataratas del cielo, produciendo un sálvese quien pueda lamentable. Me atraían esas tierras baldías, llenas de minas, de rojos aluviones de oro, que dormitaban a la sombra de la venerable vegetación, fortunas del mañana, libras esterlinas, lises en polvo, que tarde o temprano tomarán el camino de Regent Street y de la calle de La Paz. Y acompañado del bueno de Alejandrino viví la vida de los mineros; calados, recorrimos juntos los bosques durante el día, acampando durante la noche en cualquier parte, unas veces, bajo el rancho de hojas con el techo agujereado, otras, en nuestra piragua amarrada a la orilla o en una hamaca, a la intemperie. Esa vida, con sus reflexiones en común, con los peligros cotidianos corridos juntos, excitó en mí una primera curiosidad, que desde entonces fue acentuándose, por el sentido íntimo de la naturaleza, por esa maravillosa identificación de la perspicacia del siux o del semino'a con las manifestaciones, apenas perceptibles, de la vida del universo; empecé a interesarme por el significado de los rastros, por el lenguaje de los ruidos, por las enseñanzas de las ramas rotas, por los indicios que suministran las plantas, y fue también allí donde empecé a determinar las diferencias específicas de las dos naturalezas vírgenes en apariencia igualmente grandiosas.

Selvas milenarias, bosques en los que las plantas húmedas crecen en la sombra cálida, donde una animalidad casi subterránea sale durante la

noche de las malezas y de las podredumbres; selvas de Africa y de Colombia, entre ellas hay disimilitudes para los que se detienen en la observación continua de sus misterios a medias. Expresión que no es exagerada ya que se las teme siempre hasta sin darse cuenta, se las mira de lejos con algo de recelo, se entra en ellas a pasos quedos como en las iglesias. Se detiene uno, se apresta el oído; hay en ellas un silencio hecho de mil ruidos, lo mismo que, a veces, un ruido formidable produce mil silencios. Entonces parece en realidad que hablan esas soledades hojosas con la misma voz que la fantasía popular prestaba al bosque de Arsia, el más espantable de los prodigios romanos. Nada hay, en efecto, en esos desiertos vivientes, que dé más la sensación de un rumor exagerado que ciertos minutos de calma nocturna.

Pues bien, aquellos ruidos, los mil susurros de la bóveda verde, han variado, no son ya los mismos, ya no se oye el pájaro que al alba lanza los ocho trinos breves, interrogantes; las moscas zigzaguean más virulentas, más infatigables; la taya enrollada sobre sí misma con el cuerpo salpicado de X, ha reemplazado a las serpientes azules, negras o escarlatas; en vez de las palomas verdes son la gallineta y el paujil los que van y vienen por los claros de los bosques. Aquí es el vuelo estremecido, inmóvil, zumbador, del pájaro-mosca: allá la sensitiva, que a ras del suelo, recoge, en cuanto se la toca, sus hojas y sus ramas, y el bejuco que más de una vez nos ha desalterado cuando moríamos de sed, y el dragón, la planta humana en la que uno se entretiene en hacer incisiones en su tallo para ver brotar lentamente gotas de sangre del corte de su corteza como del costado de un crucificado. Luégo, son los monos bromistas que desde las copas de los árboles arrojan mondaduras variadas, acompañándolas de las voces más onomatopéyicas, insultos probablemente.

Cuando echaba de menos, en ese concierto, al

pájaro músico, un sonido de pífano irónico salía de un matorral, a dos pasos de mí; un mirlo silbaba imitando el toque de las campanas con perfección consumada; más allá, tres compases de valse, singulares, continuamente repetidos, bajaban en torbellino de la copa de un caobo, y el grito estrepitoso de los papagayos cruzaba por el aire asoleado por encima de la selva como para desmentirme, atestiguando lo permanente de determinados aspectos de la naturaleza.

Lo que se había agravado, considerablemente, era el estudio experimental y doloroso a que se ve uno sometido por la fauna alada, diminuta, por los mosquitos, verdaderas fieras de estas regiones que se engloban en la expresión genérica de plagas; azote que no hubiera desentonado al lado de las plagas de Egipto. En Buenavista, los ancianos del país, viejos negros que de padre a hijo se transmiten el conocimiento de esos crueles insectos, me enumeraron hasta diez y ocho especies. Jejenes cuya picadura roja atrae la sangre a flor de piel; chiribicos que producen una picadura blanca, que se endurece, escuece sobre manera y tarda en curar; tábanos feroces, blancos, rojizos o negros, armados con un aguijón semejante al de las abejas; zancudos con su zumbido peculiar, pesadilla de los insomnios; diminutos congos cuyo dardo produce una úlcera; yayas coloreadas que viven en las hierbas; cofifines casi imperceptibles, verdaderos microbios voladores, que de preferencia pican en la nariz, las orejas y los ojos, y cien más que constituyen un enjambre perpetuo alrededor del hombre, lo mismo cuando anda que cuando descansa, ejército de enemigos siempre armados, contra cuyos ataques no hay defensa, y que se apoyan, además, en una fuerte retaguardia de niguas que anidan debajo de la piel, de pulgas y de chinches.

Me empezaba a cansar de sus ataques intolerables. Estábamos a principios de diciembre. La pe-

queña caravana con la que debía remontar el río Samaná, en dirección a los ricos yacimientos de la región alta de la Antioquia meridional de que me hablaron en Florencia, estaba ya lista. Teníamos prisa por salir de esta atmósfera pesada, cáida y maisana del Magdalena, que sobre sus aguas lleva constantemente una capa de vapores sin vida, y, además, porque se advertía que hasta nuestros huéspedes de color experimentaban ya los efectos de la brisa que riza el penacho de los cocoteros y que actúa de una manera especial sobre los nervios, que tiene un parentesco muy cercano con el "viento de fiebre" de las marismas del Dahomey.

En esta región debía desarrollarse la parte más penosa de todos mis caravaneos y transcribo a este respecto las notas de mi diario de viaje.

"Jueves.—Llegamos al río La Miel, cinta de plata que baña el pie de altos acantilados color de rosa. A la derecha, a la izquierda, bosques que se prolongan indefinidamente.

"La canoa, un tronco de árbol ahuecado, atestada de provisiones, avanza a buena velocidad al impulso del bichero de los bogas, y fue saludada al entrar en el río por un sol hermoso que logró filtrarse a través de las nubes y que parece feliz presagio de la primera sonrisa del verano."

"De vez en cuando algunos remolinos peligrosos, al pie de los acantilados, alternan con islotes de cantos que el río ha dejado a seco, y en cada una de sus playas desembarcamos para lavar oro."

"Hacia las cuatro de la tarde un terrible aguacero sucede sin transición al buen tiempo de por la mañana. El nivel del Miel sube a simple vista, se cubre de espuma blanca. Los árboles crujen a lo lejos, se desploman en la corriente que les arrastra con ardor febril. Los hombres que bogan con las pagayas, extenuados, renuncian a seguir luchando. Por fin descubrimos un rincón de la orilla cubierto únicamente de cañabravas soberbias. Desembarcamos y todos nos ponemos a limpiar el

terreno, a cortar las cañas que tienen de seis a siete metros de alto, que sirven de guarida a toda clase de mosquitos, de bichos que se arrastran, y de podredumbre. La noche cae en el momento en que acabo de poner la última rama al techo de nuestro rancho.”

“Viernes.—Durante toda la noche ha llovido a torrentes. Uno de los bogas, tiritando, bañado de sudor sospechoso, grita en su delirio todas las locuras que puede engendrar la fiebre. A las cinco, en plena oscuridad, de improviso, el río La Miel se precipita sobre nosotros arrastrando casi nuestra frágil choza de ramas. Apenas tenemos tiempo de arropar al enfermo, de arrojarle en la canoa llena de agua, que se achica con los sombreros, y en la que, transidos de frío, en lastimoso estado, acurrucados, aguardamos durante todo el día una calma momentánea que se hace esperar. Tan transidos de frío, en tan lastimoso estado, que al contemplar nuestra situación me acuerdo de los veteranos de guardia en un pantano del dibujo de Charlet, con la leyenda inmortal: “El general ha prohibido que se fume, pero permite sentarse.”

“Me río a pesar del peligro que presenta el río. Verdaderas barricadas de bambúes bajan por éste a gran velocidad. Parecen gritar: paso, nos están esperando. A la hora del crepúsculo algunos centímetros de descenso en el nivel de las aguas nos incitan a seguir adelante. Desgraciadamente los guaduales, los bosquecillos de bambúes, se multiplican, se cierran, desbordan, se inclinan hasta el agua como los estandartes cuando saludan. Empalizadas inextricables en las que sólo se puede avanzar abriendo camino con el machete o con el hacha, ¡y cuán trabajosamente! Simas tenebrosas se entreabren a ras del suelo, misterios herbáceos húmedos, tan húmedos que no permiten otra vegetación. De lejos, esos penachos inclinados, altos y ligeros, de un verde tierno, especialísimo, ofrecen parecidos con algas marinas que

estuvieran empapadas de agua. El espesor crepuscular del talar recuerda aquellas compañías de piqueros características de las refriegas del siglo XVII.”

“Llegada consoladora, es cierto, al confluente del río Samaná; y en tanto que allá arriba, el cielo se muestra azul intenso, al atardecer los Andes de Souson, por encima de la bóveda verde, semejantes a una muela de sombras y de vapores, se alzan a nuestra vista. Brillan algunas constelaciones familiares, la Banda de Orión, los Tres Reyes, Betelguese; y a las cadencias del canto nocturno del río, unas veces quejumbroso, otras mugiente, nos acostamos una vez más, en un rancho a medio hundir, del que hemos limpiado la suciedad, abrigo irrisorio, abandonado allí por los veraneos (1) del estío pasado.”

“Sábado.—Otra mañana lúgubre, la misma imposibilidad de avanzar, el mismo cielo que vierte sus cataratas diluvianas. Los remeros no recuerdan otro invierno parecido. El efecto de las pagayas en las aguas del Miel, que sigue crecido, es nulo. En cuanto a los bicheros hace mucho tiempo que no encuentran fondo. Me veo obligado, a pesar mío, a retroceder hasta San Miguel, en las inmediaciones de Buenavista, teniendo que hacer luégo el viaje por tierra para adentrarme a pie en esa región de difícil acceso.”

“A punto de zozobrar, veinte veces, durante nuestra vertiginosa marcha a favor de la corriente, sembrada de obstáculos flotantes, y especialmente en un punto del río muy estrecho, estrangulado entre un remolino violento, a la derecha, y un enorme dique de bambúes, a la izquierda. Ahora o nunca es cuando hay que bogar de firme y enfilarse de frente, francamente, el angosto y vertiginoso paso.”

---

(1) Lavadores de oro en las minas de veraneo de los ríos desecados.

“¡Sí! ¡Sí! He aquí que los bogas, sobrecogidos de loco pánico, abandonan la maniobra y empiezan a descubrirse encomendándose al Señor. En vano les grito, les exhorto a que vuelvan a coger las pagayas para ayudar desde la tierra a la protección del cielo. ¡No escuchan! Nos salimos del canal que queda libre, la canoa se pone de través, el torbellino... La escena ha durado un segundo, lo bastante para experimentar todos idéntica angustia en el corazón, para sentir ese relámpago del instinto que significa: ¡perdidos!, pero que sólo se expresa con palabras cuando se ha tenido la suerte inaudita —es nuestro caso— de encontrarse, treinta segundos después, a un kilómetro aguas abajo. Empapados, aturcidos, con la canoa a medio sumergir, pero en fin —que lo explique quien pueda— intactos... El año anterior dos hombres, en el mismo sitio, se ahogaron en circunstancias idénticas. Un milagro, les digo a ustedes...”

“Un milagro, en efecto, dice, descarado y convencido, el jefe de los bogas, y de nuevo se descubre con los demás para elevar un rezo, en acción de gracias a ‘Nuestra Señora del Carmen’, a ‘Nuestra Señora de los Mentecatos’ es a quien deberíais impetrar, les dije sin poderme contener.”

“Nada respondieron, pero una hora después, al desembarcar en San Mnguel, se marcharon llevándose, subrepticamente, a manera de adiós, la mayor parte de las provisiones que quedaban.”

“El sábado siguiente.—¿Es sábado realmente? ¿Han transcurrido ocho, diez o doce días desde mis últimas anotaciones? No lo sé, porque ya no llevamos ni la cuenta de los días. No sabemos, en realidad, ni a dónde vamos, a través de enormes selvas, absolutamente desiertas.”

“‘A la Norcacia’, afirma el guía de diez y seis años que no conoce el camino más que de referencia. Entre tanto, no hay señal ninguna que permita esperar que esos tallares se acaren. No podría decir si es indignación o admiración lo que provo-

ca en mí semejante camino, tan lleno de dificultades. Selvas montañosas, cortadas a cada paso por los abismos rugientes en los que ríos, o mejor dicho, torrentes, se precipitan como cascadas, abriendo sus barrancos casi al mismo nivel que el del Magdalena, entre los desgarramientos de los paredones abruptos, lo que representa para cada descenso una bajada perpendicular de seis a ochocientos metros para, inmediatamente, realizar una ascensión de ocho a novecientos metros igualmente a pico. Estos ríos que serpentean en el fondo de los repliegues del terreno, el Samaná y el Mauro, son azulados, lechosos, con infinitos meandros, y fosas pérfidas. Un puentecillo sobre el Samaná ofrece una perspectiva agreste con sus alambres y sus ripias de bambú, endeble, estrecho y oscilante, divertido columpio por encima de un torrente."

"Ayer, al llegar a las márgenes del Manso, no encontramos ni puente ni columpio. Para atravesar el río, que no es más que un continuo raudal, Alejandrino se ofreció a llevar a la otra orilla la punta de un bejuco, que enrolló a su cuerpo. Con una mirada que no olvidaré nunca me dio la otra punta, luego se santiguó y, sin pronunciar una palabra, se arrojó resueltamente a la corriente. El peso del bejuco era abrumador, y al verle desaparecer me invadió un sudor frío. Por otra parte, la orilla opuesta no ofrecía, para poner pie en ella, más que una roca alta y lisa cuya escalada parecía sobrehumana. Ya iba a halar cuando, de repente, por un esfuerzo desesperado, Alejandrino emerge del abismo, se agarra con las manos a no sé qué, afianza los pies a no sé en dónde, y, encogiéndose, nervudo, salta en un abrir y cerrar de ojos a la cima de la roca de granito, rápidamente ata el bejuco al tronco de un árbol y regresa a la orilla riendo... Diez minutos después el vaivén queda establecido y toda la gente pasa el río, yo

el último. Alejandrino se dirigió a mí con la mano tendida, ¡feliz! ¡Qué abrazo le di!”

“Domingo.—¡Qué noche! Sin fuego, sin comer, sin sueño, en un bosque donde no brillan más que los relámpagos, donde no se oye, repetido por el eco grandioso, más que el rugido de los jaguares.”

“Echados, medio hundidos, más bien, en la arcilla diluída por las lluvias de estos cinco meses de invierno, bajo los torrentes de agua contra los que nuestro abrigo es insuficiente, empapados al punto de que el contacto de la ropa se hace tan insoportable que, a pesar de los mosquitos, nos hemos despojado completamente de nuestros trajes. Desnudos como Job, hambrientos como Hugolino, arrastrándonos en el barro como las alimañas de estas selvas, sucios, miserables, deshechos, reventados, aguardamos, en silencio, con la barbilla apoyada en las rodillas, a que amanezca...”

“Al rayar el alba emprendemos de nuevo el camino, tratando de secarnos andando, ya que no se ha conseguido hacer arder ni la menor astilla de palo por lo mojadas que están. El bosque está impregnado de vapores que flotan, con un olor penetrante a agua. Las pavas, asustadas, desde las copas de los árboles prorrumpen en gritos horriblos, y alzan el vuelo por encima del arbolado.”

“A medio día ya no hay sendero. Repetidas veces lanzamos un ¡oh! prolongado que el eco va repitiendo a lo lejos, pero que queda sin respuesta. El guía y Alejandrino buscan, inspeccionan los tallares; por todas partes se advierten en el suelo arcilloso rastros de animales, recientes o a medio borrar, huellas de las plantas de los osos o en forma de bolas, que son las de los jaguares, o con las tres hendeduras del casco de las dantas o tapires; pero rastro de hombre, ninguno. El muchacho se turba, dice que no sabe dónde está. En efecto, no hay punto alguno de referencia.”

“Lunes.—Hemos tenido que acampar en el mismo sitio.”

“Idéntica noche, el mismo lamentable encenecimiento, las mismas cataratas que caen sobre nuestra desnudez derrotada. Los rayos que hieren los árboles vecinos, el retumbar formidable de los truenos, me trasladaban, en mi insomnio, muy lejos de estos lugares, a los momentos más trágicos del campamento de Apankru...”

“A las cinco de la mañana emprendimos la marcha guiándonos por la brújula y abriéndonos paso con el machete; volvimos a escalar y a descender declives casi verticales, cubiertos de podredumbre y de plantas. Y siempre sin saber ni adonde vamos ni dónde estamos.”

“Entonces, a impulsos del despecho, de la rabia nerviosa, uno anda agarrándose a lo que se puede —¿es realmente andar, esta gimnasia incesante en la que las manos desempeñan un papel más importante que las piernas?—, se mete uno en las malezas, en las marañas de ortigas y de espinas, en montones de cosas blandas, esponjosas, incalificables, pobladas de seres que se arrastran, serpientes pequeñas de color verde Nilo, disimuladas; sapos grises, inflados, calabazas con ojos color de agua; fantásticas migalas, arañas bravas, grandes como platos, horribles y hermosas a la vez bajo su manto morado y cuya picadura puede matar a un caballo; albergue, en una palabra, de toda clase de animaluchos repugnantes o peligrosos.”

“En particular, qué trabajo cuesta desembarazarse de todo lo que impide avanzar, de todo lo que tiende una emboscada, de todo lo que araña, de todo lo que, al pasar, desgarrar; qué trabajo cuesta poder retirar uno tras otro los brazos, las piernas, la cabeza, el sombrero, constantemente retenidos, prendidos, arañados por esas sierras, por esas limas, por esos anzuelos, por esas cuerdecillas de los bejucos. ¡Cómo describir la lentitud de semejante suplicio y la irritación que produce! No se da un paso sin sentir las piernas detenidas por

algo, no se hace un movimiento sin tropezar con algo. Hasta en aquellos sitios que a la vista parecen limpios de malezas, trampas ocultas agarrotan y aprisionan de improviso.”

“Llegamos a un descenso muy pronunciado; los árboles disimulan bastante mal una especie de abismo donde el azul resplandece a través de los troncos endebles. La bajada ha de hacerse despacio, con cuidado, con las manos tendidas hacia adelante: se afirma un pie en un escalón que parece sólido, pero que se derrumba, minado por el agua. Mi peso me hace resbalar y caer de espaldas contra la tierra, que arrastro en mi caída; entonces, pronto, con la mano izquierda me agarro a un resalvo, pero ¡ay!, es un vástago podrido, a pesar de su aparente solidez, del que fluye el aserrín; entonces con la otra mano, y de prisa, me sujeto a una rama flexible, pero el pinchazo de una espina me hace soltarla y sigo resbalando, con la espalda magullada contra el humus pedregoso que me cubre con su derrumbe; cifro entonces mi esperanza en un bejuco, pero la flexible y tenue liana se me enrolla al cuello y ahogándome interrumpe mi reflexión, y fue suerte que me haya detenido aun a riesgo de estrangularme, pues diez centímetros más abajo había, ¡qué estremecimiento!, una taya dormida, sobre la que por poco pongo el pie... Todo esto, que duró menos de un segundo, se repetía veinte veces por día.”

“Lunes.—Hoy llevamos dos semanas sin secarnos y sin mudarnos de ropa y tres días racionados a media libra de panela por persona, nuestro único y último alimento. Traté, pero inútilmente, de matar a tiros de revólver algún ganso silvestre, alguna de esas hermosas pavas que, desde la copa de los grandes árboles, ruidosas y asustadas, lanzan sonidos de clarín.”

“Las fuerzas van disminuyendo. Empiezo a sentir la jaqueca del hambre y casi no se adelanta sobre el fangal y bajo el diluvio.”

“Por fin, a la caída de la tarde, en la cumbre de uno de los más altos eslabones que prolongan la cordillera de Samaná, instintivamente la gente se ha detenido, escuchando: no es posible equivocarse; muy abajo, hacia el este, se oye el murmullo de un río.”

“Con la alegría se olvida todo: penalidades, lluvia, ropas empapadas, tan frías y tan maceradas que huelen a moho y a chotuno.”

“Martes.—La quebrada que susurraba ayer en las lejanías del este es el Nemé. Volvimos a orientarnos, pero sus márgenes son de tan difícil acceso, tan abruptas, tan poco propicias a caminar por ellas, que no permiten continuar el camino por tierra y, entonces, a pesar de la altura del nivel de las aguas, a pesar de su rápida corriente y de las fosas que ofrece su lecho, decidimos caminar por él, seguros, esta vez, de no extraviarnos. Alejandrino y el guía entraron en el torrente sondeando el lecho a medida que avanzaban con sus palos, y los demás, con el paquete de ropa sujeto al cuello, en fila india, fuimos siguiéndoles.”

“Sin hablar, con los dientes apretados, con los ojos hundidos por el hambre, hambre de verdad, que deprime las energías y desvanece la vista. Siento que, lo mismo que la mía, la voluntad muda de toda la gente, no tiende más que a una idea, la de un inmediato abastecimiento, que se traduce por la función misma, comer, comer cualquier cosa y como sea, hasta robando, si se nos negara el alimento. Nos hemos transformado en verdaderas bestias. Dos días más así y llegaríamos hasta matar. Así es como empiezan las escenas de las armadas del Medusa.”

“Nunca, no, nunca hubiese creído que a dos pasos del Magdalena habría de hallarme en este desamparo, correr esta increíble aventura. Jamás, ni aún en las tierras más inhóspites, me había encontrado en esta situación, en traje de Adán, sin más que las botas y el sombrero, caminando por el

lecho de ríos enfurecidos, desfallecido de inanición, con las manos ensangrentadas, crispadas a las rocas. Luégo, a pesar de todo, sonreí, experimentaba un poco de lástima al contemplar a los pobres peones, sobre todo al que, a través de tantos obstáculos, de tantos trabajos, por barrancos y cuestras, carga perseverante con mi silla de montar, enorme y pesado artefacto, chorreante de agua, que no se quita un momento de sus hombros, refunfuña un poco a ratos, es verdad, pero no deja por eso de seguir adelante, sin soltar su carga, realizando por tres francos diarios un trabajo realmente increíble.”

“Miro también a Alejandrino: no dice nada éste, no se queja nunca; está siempre dispuesto, si se lo dijera, a atravesar a nado los ríos más traicioneros, a seguirme hasta el fin del mundo si tal fuere mi capricho. ¡Hasta la tumba!, me dijo esta mañana. ¿Dónde se encontraría en nuestro viejo continente semejante abnegación? Y que no constituye una excepción en Colombia. Recuerdo la frase profunda tantas veces citada, de Figaro: “Dadas las cualidades que se exigen en un servidor, ¿conoce Vuestra Excelencia muchos amos que fuesen dignos de ser criados?”

“Aquella misma noche al llegar a la pequeña meseta desprovista de árboles de la Norcacia, la pesadilla de lo pasado no era más que un recuerdo efímero, olvidado ya ante la mágica visión de los Andes, que volvíamos a tener ante nosotros, que se embellecieron aun más para presentarnos las excusas de la naturaleza.”

Por fin volví a montar a caballo, entregándome con delicia al placer verdadero y poderoso de hundirme hasta la cintura entre la perilla y la frontera de mi silla, de confiar los pequeños riesgos, la preocupación de la marcha, al mecanismo vivo del caballo, de libertar al pensamiento de la tensión continua a que le tenían sometido las cosas de al ras del suelo. Pero por qué caminos. ¡Cielos!

Removidos, arados, de tal modo levantados unas veces y apisonados otras por los cascos del ganado, que su ausencia total hubiese sido preferible a esa peligrosa caricatura: habían tomado el aspecto de verdaderos surcos, de surcos amarillentos o rojizos, sin fondo, en los que las cabalgaduras hundían las patas al extremo de rozar el suelo con el pecho.

Una de las impresiones más fastidiosas que dejan las excursiones por este país es la de la "canción del camino", el clas clas continuo que hacen los remos del animal al hundirse profundamente y que produce luégo, al sacarlos recubiertos de una especie de gachas de barro, el ruido de un lengüetazo. Y no obstante, durante seis meses del año, hay que resignarse a oír ese ruido de bomba aspirante-impelente, que sale de los barriales juntamente con las salpicaduras de un barro grisáceo.

También hay que no olvidar algunos sitios en que el endurecimiento de la superficie es tan péfido y traicionero que apenas tiene uno tiempo de soltar los estribos y saltar del caballo para evitar el hundimiento total de la cabalgadura y del jinete. En dos ocasiones —fue rapidísimo— he presenciado esa terrible absorción de un buey que, habiéndose aventurado sobre esas hipócritas superficies, fue asaltado de repente por una inquietud loca, atroz, que se expresaba por los ojos desorbitados del animal, al sentir que el suelo le faltaba bajo las patas, al sentirse aspirado sin saber cómo ni por qué, y ese espanto que no permitía ayuda, que no dejaba exhalar un mugido, aumentaba a medida que, progresivamente, iban desapareciendo la grupa, la cruz, los morros, los cuernos, tragados inexorablemente por la tierra...

Casi tanto peligro ofrece el piso resbaladizo, como enjabonado, por efecto del barrillo rojo y negro especial que produce la descomposición, por

las lluvias, de los granitos, en los declives; la mula tiene que bajar apoyada en las ancas y con las patas delanteras extendidas, bajada que se convierte en terrible resbaladero cuando tiene lugar por una ladera. También sucede, con frecuencia, que el camino ha ido paulatinamente hundiéndose entre las rocas en forma de canalillo sumamente estrecho y profundo en el que el jinete desaparece por completo y toca las paredes con los hombros. Y tiene una suerte cuando esas bajadas no se complican con escalones inesperados que miden a veces un metro de altura o más, y que son el resultado de derrumbes sucesivos. Entonces es cuando hay que ver a los pobres animales, recogidos sobre el cuarto trasero y en un esfuerzo desesperado, saltar como los gatos, con el jinete, para salvar el obstáculo.

Si la Norcacia no marcaba el final absoluto de mis penalidades, sí significaba el descanso, por lo menos, para tres de los peones enfermos que tiritaban bajo los efectos de la fiebre contraída en la humedad y por las privaciones de la selva. Por mi parte, decidido a llegar a esa Florencia de cuyos tesoros tanto me habían hablado, continué el camino al día siguiente con mi fiel Alejandrino, hacia Antioquia. No nos separaba de San Agustín, primera localidad de su feliz territorio, más que dos cortes profundos: el del río Morro y el de la quebrada Selva.

El curso del río Morro constituye un desfile de cascadas que brillaban ahora bajo los rayos cálidos del sol. Presenta laderas abruptas, sin márgenes, pero cubiertas de bosques por encima de los que el cielo forma un toldo de terciopelo; se ven águilas pescadoras que se dejan caer del cenit, como hólidos, sobre el brillo plateado del río, que se pierde en el fondo del verde desfiladero. Del otro lado ofrece una subida que nos pareció más interminable que todas las anteriores...

Y una vez más la noche de los Andes nos sor-

prendía al llegar al alto de Cañavera, frente a un inmenso y mudo paisaje. El sol se ponía por detrás de nosotros y por encima de las montañas, sumiéndonos en las sombras.

A nuestra vista, del otro lado del abismo donde ruge el canto del río La Miel, se levanta la hacienda de Junín. Está aislada en la cumbre de la montaña, tranquila y dorada en medio de la tonalidad general de azul marino que la rodea, como centro de ese panorama maravilloso, alumbrado aun por una última filtración del sol que pasa por encima de nuestras cabezas, como por una aspillerera abierta en el alféizar de un valle. Más allá, bajando a pérdida de vista hasta el Magdalena, que se divisa un momento a distancia inverosímil como una cinta de acero, se advierte la ondulación vertiginosa y menuda de las cimas de las selvas que acabamos de atravesar. Luégo, en los últimos planos, empieza la soberbia magnificencia de la cordillera occidental con sus líneas sin fin que bajan y suben, bajo el friso celeste cortado por los blancos surcos de las nubes. Y sobre toda esa serie de ondulaciones deprimidas, hasta sobre aquellas que no tienen límite, ni forma alguna apreciable, caía del azul ceniciento, del azul desvaído del cielo, un sudario de tinieblas, tan devorador como la nada... En fin, por encima de todo eso la locura, ¡el poema de las nubes! De uno a otro polo, en el cielo, corrían caballos inflamados enganchados a cuadrigas, pasaban zioras de relámpagos, brazos que agitaban antorchas, tumultos de batallas, todo eso al ascender se proyectaba en el azul adorable del cenit, en deshilachaduras, en regueros pálidamente luminosos, como los toques que un pintor con su pincel en el que quedase algo de cerusa hubiera, por inadvertencia, dado en su lienzo...

Una vez franqueada la quebrada Selva y las cuestas abruptas que flanquean grandes rocas porfídicas, sin cesar lavadas por las nubes, la tierra

antioqueña se presenta en forma de pastos cortos, con neblinas casi perpetuas y con el cri-cri de los grillos ateridos de frío. Volvía a mi mente el paisaje de Agualarga, en el camino de Bogotá, con su aspecto tan singularmente alpino. Mil setecientos metros. Los grandiosos horizontes se desarrollan y retroceden. Hay bosquecillos en los que la vegetación está en cierto modo empapada de agua. Arrastrando sobre el suelo, colgando de la corteza de los árboles, hay líquenes que dan al paisaje una sensación norteña. Los árboles con su funda de musgo y algas, con los vapores que les circundan, dan una impresión de paisaje submarino...

De improviso Alejandrino, que iba delante de mí, al llegar a la cumbre de un alcor que se destacaba admirablemente en la tormenta del cielo, se volvió, y extendiendo la mano hacia el horizonte montañoso y grave que acababa de descubrir, no dijo más que una palabra:

—¡Antioquia!

A lo lejos, cuando ya los chiquillos de San Agustín empezaban a rodearnos, en lo alto de un otero de greda se divisaba un pueblecillo. Desde el primer momento todo acusaba el nuevo ambiente en que acabábamos de entrar, todo atestiguaba una comprensión de la vida más intensa y más laboriosa. En cuanto se sale del Tolima las gentes se anticipan a prevenir vuestra sorpresa: Ya veréis, dicen, en Antioquia todo el mundo trabaja.

Raza de mineros y de comerciantes, descendientes sin género alguno de duda, de las colonias judías trasplantadas por los españoles al Nuevo Mundo, el pueblo antioqueño vive un poco como extranjero, casi aparte, en el país de los Césares y de los Robledos, retraído, y sintiéndose superior al término medio colombiano añora su antigua soberanía de Estado.

En efecto, en una nación no es frecuente que todas las provincias sean igualmente fértiles, que

todos los habitantes sean igualmente trabajadores. Unos pagan y trabajan por los otros. Pero el apetito de separatismo que, bajo un gobierno débil, se desarrolla en esas provincias más afortunadas y en sus habitantes, al darse cuenta exacta de su papel de prestamistas, es perjudicial tanto para ellas mismas como para la colectividad, porque crean entidades políticas sin fuerza, destinadas indefectiblemente a guerrear. Es el principio de desgarramientos y de luchas sin fin, del empobrecimiento general, como sucedió en la Grecia antigua y en los cantones suizos de la edad media. Colombia debía estar agradecida al genio y a la fuerza de Núñez, que fundió el federalismo ruinoso, que obligó a los Estados de Antioquia, de Santander y de Bolívar, a contribuir al sostenimiento pecuniario general de todo el país.

Estas reflexiones y otras que alimenta siempre la pereza soñadora de un jinete, me habían hecho olvidar el barranco horroroso que, bajo el título audaz de sendero, se presentó ante nosotros al salir de San Agustín. De aquí, atravesando, una vez más, el río Morro y la quebrada San Antonio, llegué por fin a Florencia, pueblecillo en embrión de mineros, situado a más de mil ochocientos metros sobre un emplazamiento pelado, cortado en todas direcciones por los yacimientos de piritas.

... Y el año, que ya va de vencida, con la inclemencia de estos últimos días de diciembre, empieza a despedirse poco a poco de mí. ¡Qué triste, qué falta de expresión tiene este día de Navidad en una aldea perdida en las alturas de los Andes! Y cómo se parece este día de fines de diciembre, con su pálido crepúsculo, al de allá...

Es la tercera vez consecutiva que, bajo cielos distintos pero en puntos del globo igualmente insignificantes, paso esta fecha de Nochebuena. En 1896 fue en una aldea del Samwi, en mi choza, con una vela en una mano y el revólver en la otra, haciendo frente a una banda de fanáticos que vo-

ciferan su canto de guerra. El año pasado fue en el golfo de León, en medio de una tempestad horrible, en ruta una vez más hacia el ecuador africano; y hoy es en esta angosta meseta de la cordillera tan desolada, donde hasta la misma luz parece desfallecer... ¡Florencia, 25 de diciembre!... Por la puerta entreabierta de la escuela, donde me alojo, veo, un poco hacia la izquierda, la frágil cruz de la iglesia, de la iglesia, pobre rancho de madera y paja en el que el Dios de Belén parece estar acostado todavía en el lecho de paja. El altar da lástima e inspira compasión. Delante de la iglesia las gallinas picotean, los bueyes pastan y un asno lanza al aire las agrias notas de su rebuzno alegre, eternos familiares, ellos también, de esta fecha reverenciada, el buey y el asno que acercan asombrados sus morros al pesebre y contemplan con su mirada tranquila al niño Jesús.

Por todos los alrededores, diseminadas por los flancos de la colina, las pobres cabañas de este campamento de buscadores de oro, y las hay también en la otra vertiente, de las que sólo se ven sus techos, gorros cónicos un poco inclinados hacia un lado. Grandes retazos de nubes forman una franja que se arrastra sobre la verde colina de en frente, cubren y descubren la alfombra de bosques que se ve a la izquierda y ascienden por la vertiente a medio pelar. Vienen de abajo esas nubes, esas capas de bruma en las que los objetos más triviales adquieren grotescas siluetas de espectros; alcanzan trabajosamente la cima del otero, como si la ascensión las dejara sin aliento; envuelven las chozas de la aldea y luego se desvanecen, van a perderse en el aire muerto, que ya está saturado de otros vapores, de otras neblinas. Hacia el oeste hay, sobre todo, un rincón que no se aclara nunca, que permanece constantemente sumergido en la niebla, talvez sea ese el sitio predilecto de estas brumas.

Luego empieza, al borde mismo de la terraza,

la región de las tierras más bajas, la de esas lejanías que parecen haberse hundido en forma inimaginable para después elevarse hasta el último cielo. No se perciben más que contornos brumosos, depresiones blándas, llenas de una media luz azul, dominadas por la humilde barraca de tablas desde donde escribo estas líneas. ¡Alejamiento silencioso y punzante de las montañas! Todo va a perderse en el vértigo, hasta el fondo sin sol y sin vida de los Andes de Santander. Un pequeño trozo de una línea blanca, allá hacia el este, muestra todavía al Magdalena que corre por una grieta en huída soterrada bajo esa granulación comprimida, bajo esa polvareda azulada de las selvas que se extiende más allá de lo imaginable.

Pero he aquí que, cruzando el rectángulo de hierba rala y sucia que forma la plaza, un rasguear de guitarras se deja oír y se acerca. Los músicos se aproximan en grupo alegre, con las ruanas encarnadas terciadas sobre los varoniles hombros. Se detienen pidiendo una dádiva a la puerta de las casas en las que la hora de la comida se trasluce por un poco de humo que se filtra por un ángulo del tejado. ¡Ya son las seis! Se oye el toque del ángelus. En el umbral de las casas todos se descubren. Y casi instantáneamente la noche se ha venido encima, el sol se ha puesto en su gloria oscurecida por detrás del páramo de Sonsón. Las puertas se cierran ante el frío que ya se deja sentir, mientras que solo, envuelto en brumas y en torbellinos de viento, mi caballo continúa paciando, sombra olvidada en el tapiz verde de la plaza. . . ¡Oh Nochebuena, alegre Nochebuena, alegre Navidad engalanada, que llegas a la misma hora a todos los puntos del globo! ¿Pero las misses tan rubias, tan sonrosadas, y los querubines que, con las manos tendidas, se aglomeran en derredor del árbol deslumbrante, pensarán por ventura en aquellos que celebran tu fecha con los pies en el barro, en la tristeza del invierno, a la

puerta de sus chozas perdidas en las montañas?

Aunque Florencia me proporcionó estas horas de fantasía que no dejan de tener su encanto, me produjo, sin embargo, cierta decepción en cuanto a las riquezas pregonadas, decepción que se hace extensiva a toda la región comprendida entre los Andes de Samaná y el río La Miel. Un cubo enorme de mineral, de acuerdo, pero constituido por formaciones pobres en piritas y variadas hasta el infinito.

Esas piritas, esas cristalizaciones son, sin embargo, brillantes y tornasoladas, y da pena saber que todos esos bonitos minerales que, vistos a la luz del sol, presentan tantos matices, que ofrecen las irisaciones del cobre, el brillo pálido o grisáceo del arsénico, la transparencia rojiza de las blendas, la opacidad mate y oscura de la galena, son, sin embargo, estériles. Ese lustre, esos fuegos, ese poema de la piedra afecta a la parte externa y bonita de la mineralogía. El enigma que presentan nos agrada al principio por el brillo de sus aristas diamantinas y en seguida por los enormes misterios que encierra la formación de las pepitas, la asociación de ciertos metales, la necesidad indeterminada como intencionada que alía siempre el oro, el plomo y el hierro —la riqueza y la fuerza, la fortuna y la guerra—.

Mineralogía y geología son las maravillosas hermanas gemelas a las que debemos el revivir de todo aquello que nos ha precedido en este mundo, los terribles alumbramientos de la tierra, las eternas demoliciones y reconstrucciones de la naturaleza. Nos suministran la continuación de la novela de Plutón y de Neptuno; hijas del dolor y de los desgarramientos de nuestra madre; cantan la verdadera leyenda de los siglos, la epopeya de los orígenes.

Y haciendo extensiva su luz a la botánica, nos conducen gradualmente a perspectivas más sonrientes y más suaves, a ese balbucir de las eda-

des pasadas, en que del suelo apenas enfriado, de las aguas apenas llegadas al estado líquido, surgió, por fin, rayo de esperanza después de tantos cataclismos, el primer átomo de la vida, "la primera flor de la tierra y la primera perla del mar".

First flower of the earth and first gem of the sea,  
que dijo el poeta.

El regreso por Victoria se realizó esta vez con una alegría alimentada por el recuerdo poco grato de la ida. Después del paso muy difícil de la quebrada San Antonio y del minuto de angustia que experimenté al ver a mi único caballo caer, sumergirse en una profunda fosa, para emerger milagrosamente doscientos metros más abajo, no pude resistir a la tentación de desviarme hacia la gran cadena de aluviones auríferos de Victoria que descendía por la derecha. ¡Levantados y sostenidos en el aire, representan perfectamente el tipo de la cresta estrecha y larga tan frecuente en esta región, la hoja de cuchillo, cuchilla, desde la que la vista se extiende a la derecha y a la izquierda sobre los verdes abismos del Miel y del Guarinó! Qué sonriente abundancia de una animalidad bien cebada, bueyes colosales, cabras como terneros, patos dignos de ser cantados por Rabalais...

El camino serpentea por entre campos de altas, hermosas y jugosas gramíneas que inclinan sobre el ganado oculto en su espesura las estrellas doradas de sus cálices. Y, constantemente, al lado de los lomos familiares, saltan y revolotean —pero aquí en menor número— esos pájaros negros, parecidos a las urracas, fieles compañeros de los rebaños, que sacuden constantemente las largas colas mientras picotean los tranquilos costillares rojizos para limpiarles del gusano noche. Alejandro me iba diciendo los nombres de la larga hilerera de minas que atravesábamos, abultamientos de tierra rojiza, antiguas excavaciones españolas hoy desplomadas. El doble susurro de los ríos as-

cendía paralelamente del fondo de los dos fascinantes valles hasta nuestro estrecho farallón. Y al venir la noche fuimos a dormir a la posada del alto de Penagos, entre las nubes.

¡Qué momento más reparador es aquel en que, después de catorce horas de camino, a la puerta misma de la posada que llena el ir y venir de gentes atareadas, puede uno descabalgarse entre el resoplar de las caballerías! Los mozos de cuadra se aproximan con su lento andar, el lazo al brazo, las criadas jovencillas, siempre ocupadas, andan a pasitos cortos con sus pies diminutos, sonrosados, y en el desbarajuste de cosas y de gentes, los gordos cerdos negros se escabullen siempre felices, siempre gruñendo de satisfacción renovada.

Corderos divinos del rebaño de Epicuro...

Y al salir, después de comer, sobre el terraplén de la casita, de improviso contemplo el más espléndido, el más maravilloso paisaje lunar que soñar se pueda.

Recuerdo —en los Cevennes, en algunas maravillosas noches de agosto, desde lo alto de esas montañas tan pintorescas de la dulce Auvernia—, recuerdo los extraños efectos de la claridad nocturna, las proyecciones de su luz sobre los valles, sobre los ríos, sobre toda una región alumbrada a media luz... Y he aquí que vuelvo a encontrarlos ahora acariciando los picos, los festones de los Andes, con sus fantásticas manchas de sombra, con su batiburrillo de asperezas de color jade pálido que se destacan sobre el fondo del cielo, como un océano de olas negras del que las partes retocadas en el cuadro con colores claros y transparentes, mas suaves, por el contraste, vendrían a lamer las cimas. Y la luna, terso espejo, me mira; la luna, sola en el cenit de nácar, cortada débilmente por pequeños cirros color verde mar, filtra su admirable y pálida claridad sobre las depresiones del Magdalena, sobre la extensión de los lla-

nos, que aparece uniforme bajo su claridad sobrenatural.

Bruscamente todo este mágico efecto se difumina; grandes velos, blanquecinos a pesar de la oscuridad, caen sobre el borde de la meseta. El cielo se encapota, y el susurro de la brisa redobla en su envoltura de algodón helada; sople inexorable, clamor sin fin de miserere. Se oye todavía murmurar en el abismo, que se ha hecho invisible, la eterna queja del río Guarinó. Y entro en la posada, que no es más que un islote de contornos imprecisos a la luz que se filtra por las rendijas, y que resalta un poco, todavía, por sus ángulos, de entre los indecisos vapores que la rodean.

El viento se desencadena, se eleva desde los valles, desciende de los inmensos páramos que muestran a nuestra derecha sus declives nevados, sopla desde todos los puntos de los Andes, llega a la estrecha plataforma donde se levanta la casa, silba por debajo de la puerta, vibra con tono fúnebre en el ángulo del tejado, de una manera continua, semejante a una gigantesca cuerda de violoncelo pulsada sin cesar. Se diría que un enjambre de geniecillos, como en la balada de Hugo, gira, para conmoverla, alrededor de la casa.

Sobre el cojo escabel, a la luz del hogar, escucho esta lucha de los elementos, estos desencadenamientos, estos lamentos que recuerdan los últimos días de otoño en Europa —el invierno de los Andes—. La misma melancolía, la misma tristeza, los mismos alaridos del viento por debajo de las puertas. Y me pregunto: ¿estoy, de verdad, en una hondonada de las cordilleras, tan cerca del Ruiz y del Cauca, rodeado de la naturaleza ecuatorial de las cumbres? ¿O más bien en un chalet de Oberland, retenido por el mal tiempo del mes de septiembre, oyendo el ruido de los aludes a través de los bosques de abetos?

La una de la mañana. La tempestad se aplaca,

se desvanece como por encanto. En un abrir y cerrar de ojos las nubes se hacen diáfanas y se disipan. Todo se calma, todo vuelve a dormir. La luna aparece, impasible, como una sonrisa pálida, sobre esta tierra de hadas.

En mi país hay, en medio de los bosques, una charca completamente redonda. A su alrededor se eleva una cortina de añosos y grandes árboles; un círculo de juncos engasta el espejo que dormita en el centro. Se la llama la charca de las Evas. Los brujos dicen que por la noche, a la luz de esta misma luna que se filtra a través de la fronda de los árboles, ven bailar con abandono, envueltos en su chal de neblinas, la ronda de los genios.

¿Por qué en el borde de este terraplén de los Andes, en la quimera de la luz y de la sombra, la danza de vapores no habría de pasar esta noche en forma de mujeres que se volvieran para mirarme? No, no me engaño... La cara descolorida del astro preside la fiesta velando alternativamente, con su luz tranquila, sobre el viejo mundo y sobre América.

La aurora, a su vez, se ha filtrado en el cuarto de paredes de tablas, y ya los caballos relinchan afuera. Salí para calzarme las espuelas en la galería, cuando, de repente... ¡Oh maravilla! ¡Oh coloso de hielo erguido tan cerca, que parece podersele tocar; resplandece de rosa y azul, con sus aristas formidables que extienden sus triángulos de penumbra violeta y oro sobre la alfombra de hielo! ¡Conocí en seguida al gigante, el Ruiz!

Desde su mayestático páramo de nevados, desde el último mirador de allá arriba, ¿cómo se verá este espectáculo abrumador y triunfal? ¿Desde la suprema terraza, desde allí donde se detiene la respiración de los seres y de las plantas, desde allí donde el aire no soporta ya las nubes, qué horizonte se abarcará?

Es por encima de incomparables valles verdes que esta Babel superpone sus aglomerados; toda

la escala del colorido ecuatorial, reteniendo la luz deliciosa, desde el ocre leonado de las llanuras hasta la blancura hiemal de las cumbres, se extiende, se retira, se desplaza, produce matices fantásticos sobre arquitecturas de una altivez desconcertante...

Estas magnificencias harían hastiarse por mucho tiempo de algunos paisajes, que antes de conocerlos se considerarían imposibles de superar. Fue necesario el concurso de impresiones muy especiales para que aquella misma tarde prestase yo alguna atención al crepúsculo lleno de encanto que me cogió cerca de Victoria. Descendía hacia la pequeña ciudad fundada, hace ahora trescientos años, por el capitán Alonso de Salinas, y que fue un día teatro de un episodio tan trágico... Era más bien la conjetura del drama, bruscamente evocado ante mí, lo que hacía correr a ras del suelo ese vago misterio seguido de repente por el gran estremecimiento de la noche. La silueta de los bosques, que volvíamos a encontrar, tomaba ahora la forma de batallones de soldados. Daban frente a las montañas, a las líneas festonadas de tranquilidad suprema y de azul, dominadas, hasta hace un momento, por un cono resplandeciente, un Horeb sobrenatural que estuviese inflamado del espíritu divino; miraban también la indescriptiblemente tenue y débil ondulación lenta del Magdalena, enrojecida, hilo de lágrimas de sangre. No había dado aun vista a los tejados de la aldea cuando ya se desvanecía hacia el norte, en el alféizar inmenso de las cordilleras, la llanura, lisa, infinita, azulada también de un azul mortecino y ceniciento, que se acostaba, que se dormía vagamente como un recuerdo mortal en un cielo rosa, ahora irisado por la agonía del sol, la planicie de un solo colorido, con una sola tristeza, con un solo horizonte, como el desierto.

Y quedé solo, cara a cara con los fantasmas, ante la historia. Sin poderlo remediar consideraba

con una curiosidad un poco sombría esta región, una de las más trágicas de Nueva Granada, al decir de los historiadores. Es preciso que éstos lo afirmen para poder persuadirse de que fue en su circo de colinas tranquilas donde tuvo lugar el acontecimiento —ignorado, pero el más monstruoso que haya conservado la memoria de los hombres—, una tragedia que dejaría pequeño el heroísmo de los cartagineses, arrojándose a las llamas para escapar al triunfo de Manilio; el de los mercenarios degollándose unos a otros a una orden del sufete; el de la hecatombe de las mujeres árabes encontrando la libertad en el salto sin esperanza del Rumel. He aquí la frase misma, concisa como una sentencia de muerte que, en su crónica que lleva el título brutal y significativo de “El Carnero” —hacinamiento de cadáveres—, consigna el bogotano Juan Rodríguez Fresle: **“Fue fama que tuvo esta ciudad nueve mil indios de repartimiento, los cuales se mataron todos por no trabajar, ahorcándose y tomando yerbas ponzoñosas, con lo cual se vino a despoblar.”**

Hasta descontando lo que pudiera haber de exageración, poco probable en la pluma de un compatriota y contemporáneo de los verdugos (Fresle vivía en el siglo XVII), ¡qué perspectivas abre esto sobre una época en la que las madres indias estrangulaban a sus hijos diciéndoles: “No serás esclavo de los españoles”, época en la que el alemán Alfinger llevaba consigo un ejército de porteadores encadenados por el cuello y que, cuando uno de éstos desgraciados sucumbía de cansancio, no se tomaba la molestia de mandar hacer alto a la columna para desencadenarle, sino que únicamente hacía cortar la cabeza encadenada y distribuía la carga del caído entre los demás! ¡Ah, se comprende la frecuencia con que se encuentra el nombre de Matanzas, que casi se ha convertido en un nombre común, y que quedó adscrito a tantos lugares! ¡Cómo se consagra una especie de odio

retrospectivo, impotente, pero sin piedad, a estos negreros subalternos, que renunciando ellos al riesgo heroico del conquistador, cubrían tan sólo con un signo de cruz hipócrita cálculos y exacciones muy semejantes a los de los grandes ladrones internacionales de la actualidad. La leyenda sangrienta de Nueva Granada se abre indefectiblemente sobre su pandemonio de aventureros soberbios y de piratas, entre los que para un Francisco César y un Núñez de Balboa hubo legiones de Pizarros. El único reproche que se podría hacer al cronista estaría motivado por el silencio benévolo con que ampara a ciertos nombres, los de los responsables de la matanza de Victoria. Se estaría inclinado a estimar que no puso en un rollo adecuado a los monstruos que, cantando sin cesar las excelencias de su Paraíso de ultramar, no dejaban de llevar a él todos los tormentos del infierno...

Existe un libro rarísimo, interesantísimo desde el punto de vista de estos macabros asuntos. Es el "Mironer de la cruelle et horrible tyrannie espagnole pépétrées aux Pays-Bas par le tyran duc d'Albe et aultres commandeurs, de par le roy Philippe le Deuxième. — On a adjoint la deuxième partie des tyrannies commires par les espagnols en Amerique. A Amsterdam en 1620." ("Espejo de la cruel y horrible tiranía española perpetrada en los Países Bajos por el tirano duque de Alba y otros comandantes del rey Felipe II, seguido de la segunda parte de las tiranías cometidas por los españoles en América. En Amsterdam, en 1620.") Libro, por lo demás, parcial, polemista, y hasta se podría decir que constituye una especie de acusación sin originalidad, que desfigura los nombres y los episodios conocidos, pero ese librito no deja de ser testimonio de la execración en que se tenía el nombre de España por todos aquellos a los que por fuerza se extendía, es decir, por una tercera parte de la humanidad. Las ejecucio-

nes se correspondían de un polo a otro del imperio y si los indios no podían aprender nada de la resistencia heroica de Flandes, por lo menos la descripción de los horrores de América atizaba el viejo odio flamenco.

La indignación es talvez el sentimiento que más se contagia. La que el buen holandés de 1620, sentado al calor de su estufa de porcelana, sintiera en favor de las víctimas del rey-emperador, la experimenté yo, a mi vez, mucho tiempo después que los contrafuertes de Victoria hubieran desaparecido en la neblina de las regiones cáidas; y todavía me hacía temblar con su nerviosismo singular cuando, a buena marcha de mi caballo, recorría la manigua de hierbas que forma el llano de Villegas, que me abre, entre dos vallas de acantilados descarnados, el amplio camino de Honda...

Han pasado algunos días y pienso ya en alejarme de la "Profunda". Es el principio del regreso a Francia que se inicia con una última excursión hacia las montañas del norte de Antioquia, que de lejos se presentan un poco como El Dorado de la leyenda, para luégo emprender la gran ruta del Atlántico.

Un velo de tristeza pasajera cae sobre mis preparativos de marcha. Esta mañana hemos enterrado a un amigo —se intima pronto en estas regiones de semidestierro—. Era un compañero bueno y simpático. El otro día le dejé lleno de juventud y de esperanzas; murió la noche misma de mi regreso a Honda.

Le hemos llevado detrás de la ciudad, a un lugar apartado y agreste, que no se desmonta más que para enterrar a los muertos. Qué triste, qué pobre fue el entierro del abandonado: una fila de ocho o diez personas vestidas con trajes negros, arrugados, viejos vestidos que no se sacan del fondo del baúl más que unas tres veces al año, en ocasiones como ésta; hemos subido por unas calles escabrosas hasta un pequeño cementerio, tan po-

bre y abandonado como el muerto. La fosa se abre en una tierra blanda y deleznable, que parece mitad arena, mitad ceniza. Alrededor, matas de hierbas silvestres, crecen sin orden ni concierto entre las tumbas. El sitio es verde, encantador, y por encima se alza el verde pálido casi azul, la suprema lasitud, la suprema meditación de los Andes. Ahora también éstos parecían mirar, testigos impasibles, estas bellas cimas que presiden aquí a todos los actos de la vida: el nacimiento, el amor y la muerte. Uno de los acompañantes abrió la Biblia. La lectura solemne de los versículos en inglés caía como la voz del juicio final sobre los despojos contenidos en esa estrecha fosa que, dentro de un momento, se cerraría. ¡Qué espantosa tranquilidad ofrecía todo el panorama que se extiende a nuestros pies! Acudía a mi mente una escena análoga: otros pobres funerales idénticos, allá, en la mortífera costa de Marfil... El sol era allí talvez más fulminante y la tierra talvez más triste, y en el aire flotaba la misma nostálgica añoranza; y los dos continentes acunaban a los dos dormidos con la misma sensación de eternidad: el silencio de las montañas y el arrullo del mar.

Otra escena íntima y casi tan triste me aguardaba dos horas más tarde, al verme obligado a devolver su libertad a Alejandrino, mi criado. Abrió sus ojos de niño grande, húmedos y asombrados. "No necesito dinero, señor caballero", me dijo con altivez emocionada y con afecto lleno de nobleza. "Voy con usted hasta el fin del mundo. Para mí, vivir es servirle por servirle. Deme de comer y donde dormir y no pido más." Y al alegar las mil razones que hacían imposible su viaje a Europa, contestó con tono de reproche infinitamente suave y desolado: "Entonces, ¿es cierto que me despide usted?" "No, no te despido, Alejandrino, pero las cosas en este mundo son así. Hoy, mañana o más tarde, teníamos que separarnos. Y, además, ¿tú no piensas ya en tu mujer, en tus chicos, que

son tan monos y que deben aburrirse tanto sin ti, allá en tu pueblo de Ibagué?" "Tiene usted razón", terminó por decir, bajando la cabeza. Y se fue, llevando sobre los hombros un gran paquete con todas las cosas que en el curso del viaje le había ido dando. Al despedirme de él, al sentir sobre mis manos caer sus lágrimas, he podido apreciar la grandeza inconsciente, la admirable y sencilla abnegación de que son capaces estos corazones oscuros... De todos los seres que he conocido en esta vasta región andina, es a ti, amigo, a quien va mi recuerdo lleno de agradecimiento y tal vez hubiese debido destinarte la mejor parte de este libro...

Luégo Honda se quedó atrás, Honda se desvaneció en un recodo del río, con su valle azulado y trágico, con su falla de cataclismo de donde emergen su campanario enjalbegado y sus altos cocoteros. Ya conozco ahora las soledades peladas, las infinitas planicies acumuladas a mi espalda, es la puerta de los llanos que se cierra. Cede el sitio de nuevo al encanto verde de las márgenes, al sol abrumador del Magdalena en el que los enjambres de pájaros verdes y azules y los caimanes que bostezan en el reflejo de las aguas, ponen la nota de color tropical; al que las garzas reales erguidas sobre sus patas le dan el aspecto de un río de Turana.

Mi desembarco en Puerto Berrío se resintió un poco del lujo de medidas de policía adoptadas con motivo de las elecciones y también, cosa extraña, del aspecto castellano de mi apellido. Decididamente, los súbditos del "señor rey de España", como decía Montluc, no se cotizan con prima por aquí. Hay que ver el desprecio con que se califica de españolito a cualquier ciudadano oriundo de la vieja Cataluña o de la valerosa Extremadura, extraviado por estas costas. Y como pretendiera prevalerme de mi acento de gabacho, como prueba de mi nacionalidad: "¿Qué prueba eso, caba-

llero, no hay, por ventura, madrileños que hablan el castellano tan mal como usted?"

En cambio, mi compañero de viaje en el tren de Caracolí, un agente de la policía secreta yanqui, bastante misterioso, por cierto, no experimentó dificultad alguna y, sin embargo, ¡ironía del destino!, dos meses antes, en el camino de Medellín, que emprenderé mañana, había sido asaltado, herido de una puñalada y desvalijado.

La línea férrea se adentraba por una rojiza trinchera en el corazón frondoso, colosal, de la selva. No hay nada que dé una sensación tal de orgullo como una locomotora corriendo a toda velocidad bajo la vegetación virgen. Pone de manifiesto al hombre tal cual es, con su pequeñez y su fuerza, al insecto armado de una barrena contra el que la naturaleza no tiene defensa. El monstruo negro que con cada golpe de émbolo se ciñe más al torrente del río Nus, raya con su penacho de humo el panorama inmóvil y exuberante, y hace que los loros verdes y las guacamayas anaranjadas, asustados, levanten el vuelo con estridentes gritos de espanto.

En Caracolí, especie de campamento con actividad de colmena, donde finaliza por ahora el ferrocarril, se utilizan, para continuar el camino, las caballerías del señor Londoño. Monto una de ellas y me incorporo a un grupo de viajeros, entre los que se encuentran el policía yanqui, un italiano viajante de comercio y tres o cuatro hacendados de Antioquia.

Las características del camino de Medellín no son ya las amplias perspectivas del de Bogotá, las depresiones desordenadas, abiertas a los pies, del Vergel o del Sargento. Aquí la región está más uniformemente constituida por valles, más abollada por lomas que van en todas direcciones; la única parte del paisaje que se presenta un poco más abierta se esboza hacia la derecha, en dirección al río Nus, azulado y ancho. Pero lo insólito

to, lo especial, lo constituye la luminosidad plomiza que baña este mar de colinas, de bosques de un azul más intenso. En el horizonte reina constantemente una pesadez de atmósfera tempestuosa. Todo el círculo a que alcanza la vista está cerrado, muerto, abruma. Y la reverberación del camino, la reverberación de esa luminosidad coloreada en la que se anda, amarillenta, azulada, rojiza, morada, debida a la descomposición de las sienitas, deslumbra bajo el sol del medio día, hace vacilar la vista, mantiene a la altura de las sienes, bajo las alas del sombrero, un amodorramiento congestivo.

Sin embargo, cuanto más claros se encuentran, más manchas oscuras se ven en el manto real del follaje. Se oyen bajo el arbolado los hachazos de los leñadores en los grandes troncos abandonados, que con sus raíces a ras del suelo parecen enormes pulpos extendidos. A distancia se oye, a veces, el estallido de un barreno, que el eco repercute por el ámbito de los bosques, prolongándolo en trueno continuo, hasta no se sabe dónde. A trechos, las cruces, tendiendo sus brazos al borde del camino, imploran una oración para alguien que fue asesinado.

Luégo, a intervalos, se alzan algunos grupos de míseras casuchas que ni siquiera constituyen una aldea; son caseríos en mal estado que se llaman aquí rancherías o un destierro.

Cuando aparece una aldea un poco más importante, lo primero que se ve es el cepo, la prevención al aire libre, la barra con agujeros por donde se pasan los pies de los peones turbulentos las noches de jarana. Finalmente, en este camino de la comercial Antioquia, muy frecuentado, se multiplican los encuentros con mulas muertas y a cuyo alrededor, como es natural, saltan claudicantes los buitres. ¡Pájaros paradójicos, tan toscos, tan pesados, tan vergonzantes en el suelo y tan olímpicos cuando se remontan a sus acostumbra-

das alturas! Pero la actitud que en ellos me gusta más, la más pintoresca, es la que adoptan cuando se yerguen inmóviles en el ángulo de un tejado con las alas abiertas, como aplicadas contra el cielo, hieráticos y bizarros a la vez, como las águilas imperiales del reverso de las monedas.

Y así, suavemente, se va penetrando en la región minera. Esta región ofrece todavía un aspecto de quietud, de somnolencia, pero bajo el que se advierte la hora, próxima ya, de la lucha y de la fiebre. Por ahora son los campesinos los que la explotan. No da la impresión de las épocas de California, donde la extensión de las concesiones se medía por el alcance de la carabina. Algunas veces, en las inmediaciones de un sendero que se pierde en el bosque, se oye el golpear precipitado de los martillos pilones del país, que suministran día a día, a la buena de Dios, lo suficiente para el sustento del dueño y a veces de su familia. En los alrededores se descubre siempre el canalillo que trae el agua, y la rueda hidráulica que gira chirriando, adosada a la casa, recuerda el apacible aspecto de un molino del Oise o del Marne adonde los paisajistas en asueto van los domingos a comer una tortilla.

Y, sin embargo, ¡cuántas fortunas futuras están enterradas ahí! Desde el río Narí, que corre a mis espaldas, hasta el Anorí, que serpentea a cuatro días de camino, hasta el Atrato, perdido a diez jornadas hacia el oeste, se extiende esa región bendita en la que rivalizan los dos términos opuestos de los buscadores de oro, el gUAQUERO (1) y el monteador. Por otra parte, sólo se habla de descubrimientos y de tesoros. En cuanto llego a una posada, como por encanto, veinte o treinta piedras se amontonan sobre la mesa, en mi honor,

---

(1) GUAQUERO, desenterrador de tesoros ocultos en las tumbas indias. MONTEADOR, buscador de filones que va a la aventura, especie de adelantado de la conquista del oro.

con sus reflejos variados, sus irisaciones glaucas y brillantes, verdadera exposición de joyería. Cada uno tiene una muestra que quiere enseñarme. ¡Vea qué bonita ésta!, dice sonriendo. La vuelve, y me muestra el oro nativo perdido en medio de la pirita; las muchachas bonitas, con el cigarro en la boca, se inclinan sobre mi hombro para admirarlas también. Tal vez las habrán visto veinte veces, seguramente se las saben de memoria, pero, ¿no sirve eso de pretexto para ver de cerca a ese extranjero que viene de tan lejos para examinar, sin que lo note, el dibujo y el color de la camisa, el perfume que usa, la hechura de los zapatos y la ley de la pitillera?

Luégo me las vuelvo a encontrar, en la carretera, enlazando con el brazo la cintura de un peón descalzo, que susurra para ellas, a los acordes de su guitarra, los bonitos versos del poeta de Sonsón, tan populares en Colombia:

¿Conoces tú la flor de batatilla,  
la flor sencilla, la modesta flor?...

La muchacha los repite a media voz. El se embriaga, declama hasta perder el sentido, con espiraciones desfallecientes, con subidas de tono terribles. Ambos desafinan, pero cantan con una convicción y una unidad deliciosas; ella le adora. Le contempla inclinada, se aleja embriagada en su sueño, se aman.

Desde luégo, esta raza antioqueña respira actividad y trabajo, mucho más que sus vecinas. Se amolda más a las modernas concepciones; tiene un sentido más general de lo que constituye el progreso y el porvenir; ¡pero cuántas mejoras están aun por realizar y cuán fácilmente se podrían hacer en el sentido del bienestar inmediato, de las contingencias que no son de desdeñar en este mundo! Se dice que un ministro inglés, queriendo dar a su gobierno una idea resumida de la mentalidad neogranadina, se limitó a transmitirle las

tres fórmulas que con más frecuencia repiten las gentes en sus conversaciones: mañana... chicha... se me olvidó... La primera definía el eterno aplazamiento, habitual en las gentes para las que el tiempo no tiene valor; la segunda designa la bebida nacional; la tercera es la evasiva contestación de los eternos distraídos que, dándose de pronto una palmada en la frente, exclaman: "¡Caramba, se me ha vuelto a olvidar!"

Salida humorística, desde luego, pero exacta en cuanto revela esa indiferencia por mil detalles que aquí se consideran como superfluos, pero que constituyen una buena parte del lado agradable de la vida. En este hermoso país decididamente se come mal. Desde luego, resulta divertido ver cómo sus frugales habitantes se contentan con grandes raciones de plátano, de maíz, de arroz al natural, cómo se hartan de arepas (1) y de pan de queso, y luego exclaman en tono convencido: ¡A esto sí que se llama comer! Es evidente que para ellos una perdiz trufada no tendría aliciente de ningún género. ¿Me atrevería a confesar que experimento la necesidad de volver a Francia para poder almorzar y comer?

Y, puesto que ha llegado la hora de criticar, en dos palabras, y con la misma sana intención con que mis amigos colombianos lo leerán, quiero agotar ese capítulo. Estos hasta dudarían de mi imparcialidad si sólo les hiciera objeto de elogios; mientras que consignando aquí algunas verdades, un poco amargas, no hago más, en suma, que realzar la autoridad de aquéllos.

En este país, con demasiada frecuencia es "ilustre" un ciudadano que sabe leer, escribir y contar; y también es cierto que un nada le hará, a la inversa, digno de las gemonias. Faro y gloria inmaculada hoy, será canalla oscura mañana, por poco que sus convicciones o sus intereses hayan

(1) Arepas, torta fría de maíz molido.

variado. En los países del sol no hay término medio. Nunca han estado más cerca el Capitolio y la roca Tarpeya.

También se advierte demasiada prodigalidad de distinciones, de títulos, sobre todo militares. Esto es un verdadero vivero de entorchados, pero cosa curiosa, de entorchados civiles. "Todos sois marqueses, exclamó un día Fernando II de Nápoles ("Bomba"), dirigiéndose al populacho, que invadió su palacio, para tratar de contenerle." "Todos sois generales", dicen también los gobiernos sudamericanos a todos aquellos cuya posición o cuya fortuna puede serles de utilidad. Y sin ni siquiera haber tomado parte en unas maniobras ni hecho el servicio militar, se ven cubiertos de esas distinciones, que se ponen en el frac para asistir a las comidas (condecoraciones). Y, detalle encantador, a todos esos militares *in partibus*, les está prohibido entrar en los cuarteles y mantener la menor relación con los soldados de verdad. Sí, efectivamente, hay demasiados generales, pocos tenientes y talvez ningún Napoleón...

Y, ya, como para compensar estas ligeras críticas, tengo que consignar la sorpresa agradable que experimenté al llegar a Santo Domingo, la última aldea de alguna importancia antes de Medellín. Caí en un ambiente intelectual, atrayente, que, sin que se sepa cómo ni por qué, se desenvuelve aquí en algunos círculos ignorados de esta pequeña ciudad. Pasé algunas horas deliciosas en el silencio de la amplia biblioteca, interesante y abundantemente provista, desde donde podía contemplar, al otro lado de la plaza, la gran iglesia, la catedral de ladrillos, de un estilo un poco chocante, talvez un poco teatral, dada la modestia de las casas que se aglomeran en torno suyo, pero que atestiguan un vigoroso esfuerzo local de ingenio y de dinero; podía crearme transportado a la apacible biblioteca de una subprefectura de Francia, instalada en el piso bajo del museo, entre las hie-

dras del vetusto castillo, la sala de los tumbos desierta y silenciosa donde los sabios de los departamentos, los eruditos de provincia, estudian. Hasta el joven bibliotecario, con su barba corta, sus lentes, su abrigo echado sobre los hombros, tenía la silueta del cargo: mitad estudiantil, mitad bibliómana.

Otra impresión, casi tan inesperada en su género, fue la que experimenté, uno de estos últimos días, al encontrar, en un distrito muy próximo a éste —sorprendente ramificación de la historia— toda una familia de Córdobas, auténticos descendientes de Gonzalo de Córdoba, del Gran Capitán. ¿Quién pensaría en buscar, en este repliegue de los cerros, una reminiscencia de la conquista de Granada o de la loca galopada de Ceriñola?

Estos Córdobas de hoy, estos descendientes de aquel matamoros, tienen aspecto apacible, son buenos padres, buenos maridos, buenos agricultores: y no son ellos los que descolgaran, para ceñirla, la espada Siminara, la daga de guarnición moruna suspendida, hoy silente, entre los trofeos de la Armería Real.

Llegué a Santo Domingo con buen tiempo, un día de mercado, un domingo. En Colombia tan católica, todas las ferias se celebran en ese día; los labriegos venidos con frecuencia de lejos, matan así dos pájaros de un tiro: venden sus mercancías y oyen misa, embaucan al prójimo y purifican su conciencia. El sol vertía a raudales sus rayos hermosos y alegres sobre la aglomeración de sombreros puntiagudos y de ruanas negras con reverses rojos, echadas con donaire sobre los hombros. Vida intensa la que, sin saber cómo, surge ahí en un momento ya que la ciudad de ordinario es triste y la campiña de los alrededores está casi desierta. Desde el balcón del hotel se ven, por encima del campo de cabezas, las puertas de la iglesia, abiertas de par en par, y al sacerdote, en el fondo, en

un nimbo de fuego, predicando a otra multitud, que le domina, que parece querer estrecharle entre sus brazos, puestos en cruz. Luégo, de repente, he aquí que el predicador desciende las gradas del altar incandescente, atraviesa la nave y aparece en el atrio. Instantáneamente las transacciones se suspenden, las conversaciones cesan. Las cabezas, al descubrirse, producen un solo movimiento confuso, seguido de otro, que es el que las frentes hacen al inclinarse, y todo el barullo se aplaca y la muchedumbre se queda inmóvil y silenciosa. Se percibe la salmodia intermitente de un rezo y el conjunto constituye un espectáculo solemne, coronado por el sol que en ese momento se filtra por entre las nubes, esparciendo su alegría. Pero hay algo todavía más augusto, más fuerte, que hace prosternar en el polvo a los ponchos rojos y negros: es el soplo de la bendición, y en seguida el murmullo de los negocios, la fiebre de las ganancias se reanuda.

Esta actividad no se hace extensiva, por desgracia, a los asuntos que el forastero de paso tenga que ventilar, pues en hablares y decires y en regateos verá pasar días enteros sin conseguir adelante apreciable en sus negocios. Cuando se piensa en la velocidad con que el tiempo pasa, en el torrente de horas que fluyen vacías y, lo que es peor, inconscientes, se sobrecoge uno de espanto ante la idea de quedarse dormido aquí, como el Pecopín del cuento de Hugo, para despertarse al cabo de treinta años, decrepito y sin haber conseguido nada. Y uno se imagina cuál sea el estado de ánimo de un europeo que hubiera venido, siendo joven, con la idea de hacer fortuna, pensando: ¡Bah, una vez mi gato hecho me volveré a casa!, al comprobar que esa ilusión no la puede realizar jamás, porque siempre surge algún obstáculo imprevisto que se lo impide: revolución, aumento de la familia, empobrecimiento, intereses, quedando así sometido a la ley fatal del enraizamiento. Y se

da uno cuenta de lo que será su vida deslucida, agobiada, estrangulada, de una parte por el sueño fallido de su adolescencia y de otra por el inexorable toque a rebato de la vejez. Existencia que podía ser feliz, después de todo, con la satisfacción que proporciona la intimidad absoluta con los grandes panoramas de la naturaleza, pero que estará disminuída, que habrá resultado fallida, en todo caso, por no haber podido descubrir detrás de la hechicería del primer aspecto, el arte, que es el segundo plano y el consuelo de la realidad. Fallida por haberse cansado de todo, por haberse sumido en esa semisomnolencia eterna, hasta el punto de no tratar de definir ninguna emoción, por haberse hundido en la pereza al extremo de haber confiado a un poeta, a un vagabundo recién llegado de Francia, el cuidado de fijar evocaciones menos familiares a él que a ésta. Por haber permitido con su indolencia que este poeta, este vagabundo, pudiese preguntarse cómo entre tantas nobles inteligencias como atrajo a sí la Nueva Granada, no hubo ninguna que pensase, no ya en describirla, pero por lo menos en dar de ella una ligera idea fiel y vivida que tratase de poner de manifiesto, con su colorido, sus selvas susurradoras, sus ríos murmuradores, que procurase poner un poco de nieve verdadera en sus montañas, que animase un poco la vida real de sus habitantes, y para decirlo en una palabra, que intentase cinematografiar con sinceridad alguno de sus aspectos...

Una de las cosas que con frecuencia he deplorado ha sido la de no saber rasguear el tiple nacional. Con ese talento también yo hubiera podido desgranar, como lo veo hacer a diario, los estribillos de amor a la moda al pie de algún balcón, detrás del que hay sombras blancas al acecho y, en estrofas de un sentimentalismo de confitero hubiera podido abusar de las estrellas, de las lunas, de los suspiros, que son la esencia de la melodía

popular. ¡Pobres distracciones que el sabio hace talvez mal en menospreciar! Ya que creo que, si hubiera sido un guitarrista más experto, hubiese experimentado un cierto aliciente en rimar razón con corazón, valor con dolor, lo mismo que oscura con murmura y giros con suspiros en abigarrados versos de la época romántica. Qué suaves son los madrigales que se dedican a las obreras de estas montañas, madrigales que son siempre los mismos, que no requieren grandes esfuerzos de imaginación y que, sin embargo, aquéllas escuchan palpitantes, soñadoras, con los ojos bajos y la boca sonriente: “¡Usted es más linda que el sol del momento!” “¡Usted es más brillante que la luna en el cielo estrellado!” ¡Ah, qué refinada satisfacción experimentarí, si me fuese dable recrear mi alma infantil e ingenua con las cadencias de esas pequeñeces!

Galanterías que cesan con la caída de la noche, siempre fría en esta atmósfera invernal, siempre húmeda, que hace tiritar bajo las mantas. ¡Jesús, qué largas son estas noches que empiezan al encenderse los cuatro faroles en las esquinas de la plaza, que dan una luz mortecina, que no proyecta claridad alguna, semejante a la de las lamparillas que velan un catafalco; sí, son eternas estas noches, no tienen variación y duran indefectiblemente desde el Angelus vespertino al matutino. Cuando, a las nueve de la noche, cierro la puerta de mi cuarto, que da al patio central y que sirve, a la vez, de ventana en todas las casas colombianas, me digo, pensando en la diferencia de hora: “¡Allá, en Francia, ha sonado también la hora del descanso, el bulevar apaga sus luces y los mimados por la suerte en este mundo vuelven a sus casas agradablemente templadas!” Y luégo, por la mañana, a las seis, al desdoblar la servilleta, del tamaño de un pañuelo, zurcida y amidonada como camisa de pobre, ante el chocolate que levanta el estómago con su sabor a clavo, ante los

consabidos huevos fritos y el pan con mantequilla rancia, pienso: "Ahora allá, en unas casas se sientan a la mesa; en otras, la bella perezosa, con el cabello enmarañado, llama a María para que descorra las cortinas. Unos y otros empezamos el día..."

Quién sabe si de regreso a mi patria no me preguntaré en esas suaves noches de cielo negro a fuerza de ser azul, al volver a mi casa: ¿será de noche en sus montañas? ¿El Herbeo dormirá y el Tolima irá perdiendo uno por uno sus matices malva, y Rodolfo Vargas, dando las buenas noches a sus vecinos, cerrará la puerta pintada de verde de su tienda?

... Me parece, a pesar de todo, que hasta la mirada más hastiada por la constante contemplación de hermosos horizontes, no podría menos de sonreír ante el panorama griego que ofrece el Valle del Porce. Se presenta a los ojos inesperadamente, desde lo alto de un espolón que se destaca en el abismo azul, a algunas leguas de Santo Domingo. La mirada gira alrededor de ese eje natural y se pierde a la derecha y a la izquierda en las prodigiosas distancias habituales. Se diría que es un panorama artificial montado adrede para satisfacción de un pintor. Pocos lugares ofrecen, a la vez, tanto encanto y tanta magnificencia. En frente se alza el sólido espesor de los Andes, en bandas paralelas, entre los escalonamientos vedijosos de brumas húmedas. Adoptan una ligera inflexión para formar ese gran circo y caen en el abismo del valle formando laderas, piramidales y tristes, que elevan, a veces, en el azul límpido del cielo, desgarrones de piedra visibles por encima del rebote de la bóveda violeta y plata de las nubes. Con sus barrancos profundos, que desde aquí parecen minúsculos, en los que se pulverizan los desmoronamientos de las rocas blancas; con sus vertientes color verde tostado que presentan sectores de manchas oscuras, que son rodales de mon-

te consumidos por el fuego; con, además, algunos grupos de árboles espesos de color verde azulado que parecen asaltarlas, esas vertientes espléndidas terminan en la cima con extensiones que la lejanía no permite apreciar, no distinguiéndose en su superficie más que bandas indeterminadas de vago colorido rosa, blanco y violáceo. Finalmente, a derecha, a izquierda y hacia el fondo, que se extiende hasta el infinito, se despliega toda la alegría algo severa, toda la fantasmagoría de las lejanías. No es posible describir ese vacío, ese cubo absurdo con su atmósfera saturada de una opacidad inmóvil y pesada que a fuerza de uniformidad resulta fastidiosa, de un color azul intenso, azul de sufrimiento que, merced al sol, es la tonalidad general de Antioquia.

Pero cuando uno logra desprenderse de la sensación de melancólico cansancio que emana de todo esto, de la postración que produce la luz, la mirada se recrea al volverse hacia la sonriente altura desde donde se contempla. Aquí se extiende una reducida zona de Europa con la temperatura de Niza, en la que los pájaros gorjean, las flores de los árboles se abren formando ramilletes color de rosa, en la que los macizos de hortensias azules, que abundan en la región, inclinan sus bolas sobre el camino entre los chuzos acerados de los áloes y las blancas campánulas del estramonio.

De estas tierras templadas desciende sobre el curso del río y sobre las tierras que éste fertiliza, una especie de misterio. El valle es tan bonito como un sueño de primavera. Lo mismo hacia el sur, donde, caprichoso, se inicia y donde protege a Medellín, que hacia el norte, en cuya dirección va a reunirse en el impreciso confín del horizonte brumoso con la depresión gemela del Nechí, el valle se muestra, a la vez, formidable y armonioso. En el fondo murmura el estrecho raudal del Porce, Pactolo de Antioquia. Produce un ruido colérico que repercuten aquí y allá los mu-

rallones de rocas; ondula, se retuerce cual larga serpiente gris, gris por el limo metálico y nocivo que arrastra, a través de una llanura de un color verde tierno, delicioso. Antaño fue el fondo del lago que el Porce formó al intentar, en vano, abrir la quiebra para arrojarse en el río Nus, llanura que constituye una prolongación de la Arcadia —se dirá que abuso, pero sin embargo...—. No de la Arcadia pedregosa y polvorienta de About, sino de la del valle adorable donde Pan, enloquecido por el amor, persiguió a la náyade Siringa, donde se entregaban a la duizura del vivir los pastores del cuadro de Poussin. Precisamente la primera sensación que se experimenta es la del aire flúido, ¡tan flúido! Es la de una atmósfera a través de la que se mueven los dioses y, para no desentonar con este clima suave, a ambos lados del río, a ambos lados del camino, ahora magnífico y liso como una carretera de Francia, la flora ofrece una variedad y una exquisitez indescriptibles. Algunos bosquecillos del Limosin y del Vendome imitan allá estas márgenes constituídas por verdes prados, esta mescolanza de verdor musgoso, pero sin las matas, sin el abanico decorativo que corona el tallo alto y flexible de la cañabrava; y el fondo de los matorrales no se ve allá como aquí, cortado por el paso como un relámpago, del coselete de terciopelo púrpura u oro de un pájaro de ensueño.

¡Qué rincones llenos de encanto ofrecen, especialmente, las inmediaciones de Copacabana, aldea de casas de fachada exigua, medio ocultas en jardines de naranjos y de áloes! Camino que pasa entre abanicos de ocho metros de altura, que recuerdan el cuadro de gran fondo y colorido tan popular que representa a la hija del Faraón recogiendo la canastilla de Moisés en las márgenes del Nilo; casitas rodeadas de grandes áloes que brotan en tierra generosa, abiertos como alcachofas gigantescas; jardines en terraza, en los que el

vistoso papagayo purpúreo encaramado en un travesaño pasea el fuego de sus ojos redondos mientras se entretiene picoteando unos granos; alamedas rojas, violeta y azules guarnecidas de piñas; árboles que se inclinan sobre las puertas en las que las flores color de rosa, que les adornan, parecen libélulas que se hubieran posado; cielo radiante por el que pasan y vuelven a pasar los buitres. En vano se quisiera describir todos los aspectos. Luégo, como si todas a la vez se apretujaran atraídas por el frescor del agua, se ven los tallos de las cañas de azúcar, los maizales que alzan sus panochas verdes, los bananos poderosos que desbordan por encima de los cedros enanos y achatados que proyectan sus sombras apaisadas; los rosales cuajados de capullos y de rosas que se inclinan llorosas, el geranio rojo, que tímidamente se arrastra al pie del cactus cirio cuyo vástago largo y azul da una sensación de equilibrio inestable.

Pero esta prueba del afecto entrañable de la tierra, este vallecillo de bendición, cesa de repente y con la brutalidad casi inexplicable un poco antes de Hato Viejo, al tropezar, sin transición, sin previo aviso, con un austero anfiteatro constituido por las cimas tenebrosas que cortan el camino y el cielo. Se le bordea echando de menos el suave oasis y los meandros perfumados del río perdido; se bordea la muralla oscura, desmesurada, que por un segundo reproduce la visión de los Andes de Ibagué, esa enorme ola de tierra minada por esas pequeñas cavidades triédricas, enlazadas, por esos alvéolos de extraño diseño semejantes a aquellos que con tanta paciencia los artistas árabes han labrado tan profusamente, combinando el misterio y el encanto, en los artesonados de La Alhambra. Y se vé aquí, lo mismo que allá, la cima de esas masas umbrías desaparecer bajo las pesadas volutas plateadas, horizontales, valientes, detenidas en su escarpamiento como si no pudiesen con-

tinuar elevándose, semejantes a esos humos de pesadilla cuya inmovilidad hace más lúgubre todavía la confusión silenciosa de la lejanía. Por fin, se presenta una especie de desfiladero, a cuya extremidad, en un panorama desplegado como por encanto, en un horizonte llano y dilatado como una planicie de la Brie, ¡surge Medellín! Medellín que brilla, rosa y blanca, amplia y delicada, semejante a un ramillete de margaritas en la extensión infinita de los prados.

Tuvo razón el conquistador Robledo al fundar la ciudad donde lo hizo. Ante todo, se presiente que es el centro, el punto obligado donde convergen todas las caravanas que vienen del Cauca y del mar, del Magdalena y de las regiones del sur. A gran distancia, en el flanco de las montañas, se divisan, con rayas sinuosas, amarillentas, los caminos que las escalan, que cual pequeños torrentes llenos de civilización y de vida, vierten, sobre la magnífica llanura, favorecida por una temperatura más encantadora aun que la de Jonia, los productos de ambos mundos, y el oro de la montaña que servirá para pagar las mercancías de ultramar.

No pesa sobre Medellín el triste misticismo, la sorda lamentación de los siglos que dan un carácter tan peculiar y tan atractivo a Bogotá. En lugar de una ciudad gris, con matices lánguidos y melancólicos, surge, como no podía ser por menos en esta vega del feliz y cálido valle de Aburrá, una ciudad llena de alegría intensa, de alegría luminosa. Cuando se ha seguido durante diez leguas y por todos sus meandros el curso atormentado, bullicioso y reverberante del Porce, al adentrarse por la avenida de gruesos caobos, poco altos, de tronco obeso y congestionado que coronan cuatro ramas formando una sombrilla, toda la vieja y alegre ciudad se sintetiza en esa calle animada, ancha vía pavimentada con pequeñas piedras muy juntas; en el puentecillo tendido sobre el río San-

ta Elena, torrente bullicioso y rápido, y sobre todo en la actividad, muy a la moderna, de los peatones, de los jinetes, muy limpios y atildados, y de los carruajes, y en la amplia y hermosa plaza de Berrío no menos limpia, moderna y elegante. A través de la multitud de sombreros puntiagudos se divisa una pequeña plazoleta central que domina la inevitable levita de bronce, limpia brillante como una perra chica recién acuñada, de una estatua. Por detrás de la eterna expresión meditativa de ese gran ciudadano se alza la blancura descarada de un edificio con ventanas enrejadas como las de una cárcel, que resulta ser la catedral, y que, como para atestiguarlo, eleva dos torres, que recuerdan un poco, muy poco, a los pequeños frontispicios triangulares y a los campanarios de San Sulpicio. Y, finalmente, por encima de todo, formando el fondo del cuadro, a través de una atmósfera polvorienta, bajo un sol que enciende a troche y moche su luminaria de fiesta, se perfilan una vez más los Andes, los eternos Andes, hasta con dos cortes gemelos copiados de los de Bogotá, pero que aquí están más alejados y esfumados; son más bajos, más rojizos en algunos sitios y también más cálidos, acariciados por una vibración ardiente de luz violeta.

Era día de mercado y daban las doce cuando llegué a esta plaza. Las campanas de todas las iglesias tocaban el Angelus a la vez. El cenit resplandecía lleno de gloria acogedora; la animación de Medellín se calmaba un poco, como vencida por esa somnolencia feliz que desciende de las montañas pensativas. Por vez primera el suelo exuberante, perfumado y trágico de Nueva Granada exhalaba una sensación de alegría.

Aunque feliz, Medellín tiene historia. Empezó siendo una guarida arisca y sabrosa. Desde ella los Francisco César, los Vadillos y tantos otros se lanzaban, sucesivamente, con yelmo y coraza, a incursiones rapaces sobre todas las ricas pre-

sas que se les señalaban escondidas en las inmediaciones o en los rincones perdidos en las cordilleras, y Dabeiba, Marmato, Remedios y Santa Rosa, poblaciones indias, vieron sus nombres primitivos desaparecer con sus tesoros. Por lo que al nombre de este cuartel general se refiere, recuerda a la vez el porte altivo del conde de Medellín, presidente del Consejo de Indias, y el de la otra ciudad de Medellín, en Extremadura, vivero de una energía sobrehumana y de una ambición satisfecha, donde Hernán Cortés concibió sus primeros proyectos de la conquista de México. En medio de los horrores que acompañaban a sus correrías, fue en ocasiones una emoción de ternura la que llevó el pensamiento de esos soldadotes brutales hacia el recuerdo del lugar nativo, la que los hizo no perpetuar sus propios nombres sino el de éste o el de aquel pueblo donde había transcurrido su sombría y pobre infancia, talvez mísera aldea escondida en algún rincón de Sierra Morena, abrasada por el sol, de la que soñaron el resurgimiento resplandeciente en el hechizo del Nuevo Mundo. ¿Hay nada más delicado, por ejemplo, que la premura con que Quesada, al llegar, después de una campaña llena de indecibles miserias, a la meseta de Bogotá, la bautizó, ante todo, con el nombre de Nuevo Reino de Granada, síntesis de sus sueños juveniles, de sus alegrías natales, de sus recuerdos siempre unidos, por encima de los mares, a los alicatados de la Alhambra y a los cármenes del Genil?

En este orden de ideas, una de las singularidades más interesantes de Medellín creo que es la que ofrece la colección que desde hace cuarenta años reúne con paciencia y talento M. L. Arango. La historia completa de la tierra india está allí escrita en barro cocido o en oro, reunida, con mejor criterio que en Bogotá, en tres o cuatro salas —abarca desde los tenebrosos orígenes represen-

tados por tres o cuatro barro con groseras cabezas de perro o de mono, hasta la época de la conquista simbolizada por un aguamanil, de un trabajo casi estilizado, con un cuello ensanchado en forma de caballero español, destocado, con las manos juntas y una gorguera que cae sobre la coraza—. Después se admira cantidad inconcebible de jarros de todos tamaños, de cantimploras cuyos dibujos en ocre corresponden a los primeros tiempos del arte etrusco, de jarros para usos domésticos y de urnas funerarias, de peines y de cucharas de madera y hasta de sigilos o sellos que podría asegurarse fueron copiados de los asirios, que se enrollaban sobre la arcilla blanda de los cacharros para imprimir la repetición de determinados dibujos. En un rincón y como para marcar la sombra altiva del conquistador sobre el polvo de los vencidos, se apoya un antiguo estoque castellano, exhumado no se sabe dónde, a cuya hoja, antaño tan flexible, las caries de la tierra húmeda han dado una rigidez quebradiza. Finalmente, una serie de joyas, las nobles insignias que revestían los grandes caciques: pectorales, diademas, cetros, brazaletes y espinilleras de oro. Todo ello macizo, de un gusto sencillo y bárbaro, como hubieran podido usarlo, en los tiempos de Homero, Patroclo, el amado de los dioses, o Ajax, hijo de Oileo. He aquí, maravillosos, intactos, como si acabasen de salir de las manos del orfebre, los collares que oscilaron sobre el pecho de las desposadas quimbayas; los brazaletes, las arracadas, los arillos que se colgaban de la nariz; luego viene una verdadera e inusitada ostentación de objetos de menaje, todos de oro macizo, como si ese metal fuese el único conocido en aquellos tiempos fabulosos: anzuelos, agujas, horquillas y carretes de hilo, y con ellos se mezclan las alhajas, si alhajas fueron esos objetos disparatados, sin posible utilidad, tales como esas bolas huecas sin anillas, esos discos de redondel perfecto, sin

agujeros ni orejillas, y de esto se pasa sin transición a los verdaderos tesoros artísticos: figuritas de pájaros, de perros o de peces, de soberanos sentados en sus tronos, diademas que sostenían las plumas sobre la frente y frascos para encerrar las cenizas de los muertos.

Y al pasar en fúnebre revista tantas riquezas pretéritas sacadas a la luz, y todavía brillantes y juveniles, restos sorprendentes y vanos como todos los de aquellas civilizaciones que, preocupadas únicamente por el poder del momento, no elevaron hacia el porvenir las palpitaciones espirituales de su genio, acuden a la mente sin poderlo remediar, largas y melancólicas reflexiones. Se imagina uno lo que debieron haber sido esos jefes antes de su sumisión, cuando se presentaban a sus pueblos revestidos con su atavío deslumbrante, rodeados de un prestigio casi divino y de supersticiones cuyas pompas sangrientas realzaban con frecuencia su irresistible gloria. Se puede uno figurar cómo las cosas debían pasarse en la corte de Tisquesuza, hacia el año 1530 de nuestra era; ello se va desprendiendo gradualmente y se termina por ver de cuerpo entero al monarca sentado en su trono, con las sienes rodeadas por el doble penacho de plumas, con su cabeza de ídolo indio, con su nariz aguileña, de buitre, con su mirada increíblemente fija y fría y con sus gestos lentos que hacían estremecer sobre toda su persona un gran reflejo y un gran tintineo de oro.

Siempre es fácil escribir páginas ditirámicas sobre las revoluciones de los imperios. Sin embargo, este aniquilamiento más total que ningún otro, ese silencio que sólo se puede comparar con el del imperio Kmer, ya que ni un soplo del alma muisca ha llegado hasta nosotros, me parece ahora más que nunca inmerecido y extremado. De aquellos que reinaron, ¿se sabe por ventura durante cuánto tiempo? En Bogotá, en Funza más bien, la historia no ha salvado más que la filiación de cuatro

nombres, conocidos y tan extraños como su destino: Saguanmachica, Nemequene, Tisquesuza y Sazipa. Fuera de éstos y de los seis zaques de Tunja, de una cacofonía ronca y horrible para nuestros oídos, Unshua, Tamagabta, Tutasuha, Michica, Quimuinchateca, Aquimín, toda noticia de su prestigio ha quedado borrada y extinguida para siempre del suelo de América. Únicamente, a veces, un jinete perdido en los salvajes desfileros del Cauca o de Santander oye resonar el suelo bajo los cascos de su caballo, se apea, y el oído ejercitado le revela la existencia de una guaca, de una tumba. Registra, golpea de nuevo, busca la puerta de la lúgubre estancia, y cuando ha removido la piedra que cierra la entrada aparece el dintel, con frecuencia de una cueva, pocas veces el de una cámara sepulcral. Se aventura a tientas en el ambiente húmedo, rezumante, y, de repente, se encuentra cara a cara con el dueño de la negra habitación, o más bien, ante la gran jarra cerrada que le contiene todo él —como si el hombre al desaparecer hubiese querido volver al huevo de donde salió—, se encuentra ante el huésped de esa necrópolis que le espera, desde hace siglos, inmóvil, rodeado de los utensilios que fueron compañeros de su vida.

Una de las más bellas impresiones que conservo de Medellín será siempre la de aquel despuntar del alba, cuando a través de la atmósfera fresca y dorada que entra por la ventana abierta durante toda la noche, veo, por el pico de Santa Elena, salir el sol, ese sol que, seis horas antes, había acariciado las orillas del Sena y el tejado de mi casa. Desde mi balcón, que domina la plaza, diviso la parte alta de la ciudad que brilla y se estremece bajo los primeros rayos de la aurora. La perspectiva de las últimas casas llega hasta el gran circo de los Andes manchado alternativamente de sombras y de luz, en tanto que un pesado techo de nimbos de color violeta y negro se

extiende por su base, rectilíneo por la parte inferior, abombado y contorneado por la superior, a semejanza de uno de esos regueros de humo que en los cuadros envuelven los campos de batalla. Constituye un panorama casi dramático la vista de esas nubes, que desplegándose lentamente, dan con su movimiento la única apariencia de vida entre tanta fúnebre inmovilidad; y mientras tanto, la profundidad del cielo está tan fresca y clara, tan diáfana y próxima, que la vista se extraña de no ver las estrellas. Me parecía haber presenciado otras auroras semejantes en la antigua Acaya, en los tiempos en que la poesía, el azul y la luz divinamente unidos comunicaban a los hijos de Cadmo su juventud eterna.

Lo único que, a decir verdad, agué un poco mi alegría, lo único que echaba a perder el espléndido desarrollo de esas líneas era, desde luego, el aspecto de la iglesia, con sus muros de yeso blanco, con sus tres cúpulas al estilo de un observatorio, de un color rojo violáceo que desentona con la grandiosa majestad de los horizontes. Y, sin embargo, como la vida que se hace aquí es tan provinciana, encontré una distracción, después de cruzar los paseos de la plaza, llenos de sol y de flores, en entrar bajo sus bóvedas enjalbegadas en las que todo el día resuenan los acentos religiosos de una espléndida y grandiosa música celestial. Se encuentra en ella un brillo, un lustre más profano que aquellos otros a los que mis oídos estaban acostumbrados, y que, por otra parte, están más en armonía con el recogimiento gótico de nuestras catedrales. Pero aquí el sol lo inunda todo. No forma deslumbrantes ruedas con sus rayos al atravesar las misteriosas vidrieras de los rosetones; no se filtra, amarillento y como destilado, a través de las altas ventanas del crucero; entra soberbio desde el atrio hasta el altar mayor, barriéndolo todo. No es ya la luz indecisa del viernes santo, es la marcha triunfal de Je-

sús entre las oscilaciones de las palmas, por el camino de Jerusalén. Algo de este deslumbramiento ha contagiado también la cadencia de las voces, las plegarias de los violines, los clamores del órgano. Correlación, sin duda, de las dos tierras españolas, pues esta impresión la experimenté ya una vez, casi tan completa, casi tan soberana en la catedral de Las Palmas, donde asiduamente oía la orquesta dirigida por la batuta de Saint-Saëns.

Ayer entré en la Catedral y me detuve ante una copia de esa Concepción, de Murillo, que no creo se pueda contemplar sin que el corazón se estremezca y sin experimentar una emoción, la que emana de las cosas que son demasiado sublimes para nosotros. A través de las insuficiencias de la copia, con un esfuerzo de ardiente imaginación, se podía todavía recordar la santa emoción que late en el fondo del lienzo original, verdadera obra maestra y apogeo del pincel, en el que vibra, en el que triunfa el éxtasis palpitante y grave de la mujer llamada por Dios. Por encima de cada uno de los altares, a través de las vidrieras, veía las escenas ingenuas de los bajorrelieves, los personajes vestidos o desnudos, según las necesidades de la pasión, Verónicas con su velo, lictores del procónsul, Cristos camino del Calvario, reales, horribles con sus heridas exageradas y sangrantes.

Y mientras estaba allí, echando de vez en cuando una ojeada sobre la contristada multitud de mantillas arrodilladas que arrastraban por las losas, luto eterno y fascinador que hasta al amor da la forma de una oración, salía del coro una extraña armonía que acompañaba una ceremonia de fin de año; y a cada versículo monocorde del oficiante, la orquesta y las voces, todos a una, flautas, violines, órganos y tambores contestaban con una gama cromática ascendente, siempre la misma, que subía lentamente con una angustia que crecía de medio en medio tono durante dos octa-

vas, con una sensación de potencia y de espanto que iba creciendo hasta el acorde final. Es imposible reproducir, con una violencia más movida, los espasmos, el delirio del alma, desprendiéndose lentamente de la oscuridad de los limbos para llegar, contagiada por la alegría celeste, a la glorificación y a la claridad resplandeciente del paraíso.

De hecho, por una contradicción que es talvez solo aparente, esta religión sensualista excita el ardor místico. Cuesta menos emanciparse de los atractivos de este mundo cuando se encuentran en el cielo algunas voluptuosidades divinizadas. Necesidad suprema de todas las religiones, con excepción de una sola, la de prometer la resurrección final en nuestro pobre cuerpo transfigurado y triunfante. Músicas, flores, perfumes y luces, sirven de transición entre las postreras impresiones de este mundo y los primeros vértigos y las primeras armonías del reino de Dios. Cuántas muchachas que vinieron a postrarse entre estas columnas han creído estremecerse al soplo de una voz bajada de lo alto, voz que nunca se escucha sin obedecerla, que susurraba: "Me seguirás"...

Constituyen legión, hay en casi todas las familias algunas de estas víctimas voluntarias ofrecidas al renunciamiento del claustro. Talvez por un hastío prematuro de la vida, acaso por una ardiente aspiración desviada de su curso, o por la añoranza de un novio, imagen adorada que se abraza con la mente hasta al pie del mismo altar, con la esperanza de que el cielo acercará un día a aquellos que el mundo no quiso unir...

En la vida tan retraída, tan fiel, tan poco accesible de la mujer antioqueña, es ese resorte de la ardiente convicción religiosa, el aspecto más fácilmente perceptible. Es éste, me parece, mucho más secundario en los hombres, quienes, absorbidos por las preocupaciones de los negocios, descuidan los intereses de otro orden, que, en cambio, deben presentar un atractivo muy especial para

las tiernas almas femeninas, constantemente refugiadas en sí mismas. Y muy especialmente en el momento en que la crisálida empieza a convertirse en mariposa, cuando la que hasta ayer era niña se enfrenta con su destino de mujer y confunde en un mismo culto a su Dios y al hombre por ella escogido. ¡Qué extrañas fuerzas, qué inexpressables efluvios deben ser esos de que se siente invadida! Y no se tiene el valor de suspirar cuando uno es el objeto de ellos. Inesperadamente, esa ternura proselitica se presenta seria e irresistible, no sin producir alguna inquietud o sin constituir una dulce tiranía; pero, ¿quién tendría el valor de resistirse si en ella se encuentra, al fin y al cabo, blanda almohada, deliciosa y reposante en su novedad? Y, por otra parte, ¿es un hechizo al que cuesta poco trabajo plegarse! “Sí usted me quiere habrá de llevar esto en recuerdo mío...” Qué le hemos de hacer, pasa, pues, descansa sobre el pecho que te aguarda, medallita que sabes ya lo que es un milagro, ingenuo fetiche de amor y de confianza que musitas un requerimiento siempre estremecedor y suplicante. Y, a la larga, no sólo admira sino que hace reflexionar profundamente esa fuerte resignación oculta en el fondo del abandono y de la felicidad, ese humano amor tierno y puro, tan completo, tan apasionado, y en el que, sin embargo, se advierte siempre la parte que tiene de divino.

Estas reflexiones ocupaban mi mente en el curso de una correría por el Valle del Cauca, maravilla entre las maravillas, ante la que mi pluma, esta vez, se detiene, por creer que la mejor manera de expresar la emoción solemne que produce es guardando silencio. Había llegado a unas márgenes, que de antemano me eran dilectas: bosques sombríos, perfumes de azahar, murmullos del Zabaletas que habían arrullado la historia de María; una última excursión me condujo a las ruinas de Arma, hija de las ambiciones de Benalcázar, bau-

tizada después con la sangre de Robledo, y su-  
biendo luego un poco hacia el norte llegué una  
tarde al pueblo de Caldas, donde tuve la satisfac-  
ción de encontrar la sonrisa franca y bonachona  
de don Juan de la Cruz Aristizábal, uno de mis  
compañeros de viaje por el Magdalena, que se com-  
placía en mi trato tanto como yo en el suyo.

Allí, pletórico de los ensueños, desordenados o  
reflexivos, acumulados durante los ocho meses de  
permanencia en Nueva Granada, recostados en  
sendas sillas de cuero natural apoyadas contra la  
pared exterior de la posada, departí con él acerca  
de los mismos. El atardecer era delicioso, mas tal-  
vez que aquéllos que en la radiante infancia del  
mundo presidieran a los coloquios pasionales de  
Adán y Eva; a nuestros pies se desarrollaba la  
inmensa ondulación del Cauca, de ese río que, no  
bien salido del helero del Buey, multiplica sus si-  
nuosidades a través de las regiones más alegres  
del mundo. En frente se elevaban, recortados en  
el azul adorable de la tarde, los últimos picos de  
los farallones de Citará, que ningún pie humano  
ha escalado todavía. Todo venía a confirmar la  
existencia del paraíso donde se extasiara Bolívar,  
un edén poblado, en efecto, talvez por demonios,  
pero que, de vez en cuando, visitaban los ánge-  
les...

Y fue sobre ellos, sobre esos ángeles, sobre los  
que versó nuestra conversación naturalmente in-  
fluída por la melodía de la hora, por el efecto  
de los vapores blanquecinos que se levantaban a  
modo de imprecisos chales de Elfos que giraran  
en el fondo del valle, cuando, de improviso, un sa-  
cerdote desembocó en la plaza al paso rápido y  
contoneado de su caballo.

—¡Mira!, precisamente... —exclamó mi inter-  
locutor, interrumpiéndose en el acto para dejar  
que pasara el recién llegado, cuya fisonomía aus-  
tera en grado sumo, como afinada por el sufri-  
miento, me impresionó tanto como lo imprevisto

de su atuendo; éste era mixto, en efecto: el sombrero de Panamá, los zamarros y las espuelas se completaban con una sotana cuyas faldas levantaba el viento. —Uno de sus compatriotas, un hombre magnífico —tuvo tiempo todavía de apuntarme Aristizábal a la vez que, levantándose, le saludaba con un respetuoso:

—¡Buenos días, doctor!

—Buenos días, don Juanito —contestó el eclesiástico, sin moderar el paso de su montura.

Pero en cuanto se hubo alejado un poco:

—Esa sotana que ve usted —prosiguió mi compañero—, no deja adivinar el ardiente corazón que ha latido bajo sus pliegues. ¡Extraña historia, por Dios! Hace tiempo que el propio protagonista me hizo algunas confidencias. Me guardaría rencor a mí mismo si las revelase... —continuó en el tono de un barbero de pueblo que estuviese deseando divulgar un secreto—. ¡Pero bueno! Usted es forastero y mañana las habrá olvidado.

Y a continuación me contó lo que sigue, relato del que sólo cambio algunos nombres.

—Si usted, don Pedro, le hubiera conocido hace siete u ocho años, le costaría trabajo reconocer ahora, en la persona del sacerdote que acabo de saludar, al joven y entendido ingeniero Eustaquio de Latour, que entonces trabajaba en la gran mina de oro del Mosquito. Ya sabe usted, el Mosquito, a cuatro leguas de la misma ciudad de Antioquia... En esa época empezaba la fiebre de las minas. Los extranjeros no afluían aquí, sobre todo los franceses, con quienes nos unen tantos lazos... Esboqué un gesto. Y puede usted creerme cuando le digo que éste, con su pelo negro, sus ojos azules, con su porte distinguido, en una palabra, con su aspecto de hombre a carta cabal, como decimos aquí, se atrajo, sin que hubiera de su parte la menor coquetería, muchas simpatías del elemento femenino, simpatías que, por ser mudas, no son menos expresivas. La expresión de su

fisonomía, con frecuencia lánguida, su salud delicada y su tez mate y transparente suscitaban toda clase de tiernos sentimientos, sentimientos compasivos, detrás de esta o de aquella ventana que se entreabría a su paso los días fijos en que tenía que venir a la ciudad.

Dos veces por semana venía de la mina a Antioquia para conferenciar con la dirección. El camino que bordea el flanco del cerro —talvez ha pasado usted por él— deja a la derecha una magnífica hacienda cuyas tierras bajan en suave declive hasta el mismo Cauca. Un afluente torrencial, describiendo una curva de feliz trazado, antes de remontar hacia los Andes de Buriticá, ciñe muy de cerca, en el sitio más pintoresco, la baja y amplia casa que queda separada del camino real por esta defensa natural. En la época a que me refiero, una de las alas de la casa se despertaba cotidianamente antes que el resto de la vivienda y el ingeniero, por muy absorto que estuviese, tuvo, a la fuerza, que fijarse en la cara ideal de una muchacha, cuya mirada llena de turbación parecía atisbar su paso para seguirlo hasta que desapareciera detrás del saliente espolón de la falda de la colina.

Se llamaba Magola Salazar y recordaba... Tenía las adorables pestañas de su pequeño Muriillo...

¡Para qué describirle este manejo inocente y encantador, que duró, talvez, dos meses? Un día, una azucena cayó en el camino a los pies del jinete. ¡Apearse, recogerla, llevársela a los labios, fue asunto de un segundo! Pronto se entabla la conversación cuando se empieza por un beso. Tres semanas después se tuteaban, y la muchacha encontró la manera de presentarle a su familia.

Pero el primer ¡te quiero! partió de ella...

Fue el idilio, el idilio perfumado, emocionante, atrevido, que tuvo por escenario toda la poesía de nuestras peñas agrestes, del cielo de América, de

estas noches llorosas, a tal punto armonizadas con las más divinas emociones humanas, que compadezco a los que no las conocen, y temo a los que no las aman...

¿Un idilio? ¡Más bien una novela! Al principio, talvez él no hizo bien en prestarse a ello por pasatiempo, como si se tratase de un coqueteo sin importancia. Ignoraba, sin duda, la fuerza del amor en las venas de una colombiana; no sabía que ésta no necesita tener quince años para sentir los latidos de su corazón de mujer. No debía tardar en saberlo por experiencia.

Cuando, por fin, se decidió, medio en bromas, medio en veras, a confesarla: "¡Pero, querida Magola, si yo tengo novia!". Ella cerró los ojos, se puso pálida como una muerta y sin los brazos de él, que felizmente se abrieron para cogerla, se hubiese desplomado, desmayada, sobre la hierba del sendero.

Este golpe inesperado le inquietó profundamente y le hizo reflexionar.

Pensó primero que no debía volver a verla. Pero no estaba en sus manos hacer que el único camino que conducía a la mina se desviara de su dirección inexorable; y, con la misma puntualidad que antes, dos veces por semana, la encontraba indefectiblemente en su puesto.

Pero ahora Magdalena llegaba solo hasta la orilla opuesta del torrente y desde allí, contemplando unas veces la corriente del agua y otras al amado y perjuro jinete, parecía representar, en silencio, la fatalidad del destino que los separaba. Pronto llegó a mirar esa corriente tumultuosa y profunda con una insistencia tan inquietante, con pupilas tan hipnotizadas, que él tuvo miedo. Desde entonces decidió salir al alba y ganando esas horas y cortando por los potreros de hierbas gigantes, pasaba a dos kilómetros más abajo, por las vegas próximas al Cauca, fuera del alcance de la vista de los habitantes de la hacienda.

Sin embargo, ese dolor intenso, mudo y espantoso de la muchacha le había impresionado más de lo que él mismo creía. Un domingo, durante la misa, en la Catedral de Antioquia, una casualidad, propia de días más felices, situó el uno al lado del otro. Y poco a poco la vista de esa mantilla negra, sumida, tan cerca de él, en la invocación más suplicante de que sea capaz el sufrimiento, siempre dramático, de una virgen, fue debilitando su voluntad' fue llenándole de indecibles ensueños. Y no pudiendo ya contenerse, aprovechó el momento de alzar para, inclinándose hacia ella, decirla en voz baja, rebosante de infinita compasión:

—¿Por quién rezas, Magola?

—¡Rezo —contestó ésta con un sobresalto lleno de pasión—, sí, pido a Dios que llame a sí a esa mujer, a la que odio porque te ama y porque es la causa de todos mis tormentos!

Y, en efecto, rezaba, rezaba. Con el espantoso candor de un alma tierna que, cuando se entrega, pierde la noción del mal y de lo imposible, no cesaba de elevar al cielo, día y noche, esta imploración ardiente e ingenua: “¡Tómala, Señor!”... También, sin duda, añadía: “Y que se salve”... Sus celos no llegaban al punto de desear la condenación eterna de su rival; al contrario, una vez desaparecida de este mundo, Magdalena hubiera rezado con todo fervor por el eterno descanso de su alma. Multiplicó las novenas y, según el decir de gentes bien informadas, la peregrinación que hizo casi en secreto por esa época a la milagrosa Virgen de Chiquinquirá, no tuvo otro objeto.

El volvió a engañarse. La facilidad con que ella se ausentó le hizo creer que le había olvidado, o casi. Además, ¿no se aproximaba el momento en que, después de tres años de arduo trabajo, iba a disfrutar de una licencia bien merecida? Su salud, muy quebrantada por las fiebres contraídas durante las exploraciones mineras, no le permitía ni

siquiera saber si podría volver a asumir la dirección de tan penosos trabajos, y si no sería ésta la última vez que contemplara los horizontes de este hermoso país.

Un día, de los primeros de febrero, estaba en su casa ocupado en los preparativos, en medio de todo tristes, de su marcha, cuando una mano que permaneció invisible arrojó por la ventana entreabierta una carta. Era una cita, le rogaba que estuviese aquella misma noche, a las diez, en la montaña, delante del jardín de Pedro Nel Tafur.

Un europeo invitado en esta forma, solo, de noche, por una niña de veinte años, aunque fuese más casta que un rayo de luna, no hubiera dejado de decirse en su despreocupación inconsciente y cruel: "Sabe que ha de perderse y soy yo el favorecido"...

Latour conocía bastante nuestras costumbres andinas para no caer en esa fatuidad ni arriesgarse a sufrir las consecuencias ilimitadas con que el temperamento de las sudamericanas castiga corrientemente esa doble necesidad.

Magdalena, por otra parte, había admirablemente escogido el escenario de esta entrevista, que en la mente del muchacho debía ser la última. No podía soñarse una noche más ideal. Ahogaba ésta en su azul la paradisíaca profundidad del valle, acariciado por la pálida claridad de la luna. A lo lejos el río, reverberante y terso, serpenteaba a través de extensiones más oscuras. Detrás de Magdalena y de su amigo los rosales del jardín inclinaban hasta tocar sus hombros, por encima de las piedras secas del muro, sus ramos de rosas olorosas cuyos colores se perdían en la sombra. En el cielo, de una pureza y de una profundidad incomparables, titilaban las constelaciones de los dos hemisferios y el único ruido que traía la brisa, suave como el aliento del verano, era el murmullo lejano de una cascada, la estridencia amortiguada del chirrido de los grillos, los zzzz de las luciér-

nagas al pasar, como un latigazo incandescente, al alcance de la mano, y el canto embriagado del "sol y luna" que lanzaba sus trinos a la noche desde la pálida copa de un guayaco en flor.

La indecible belleza del paisaje, tan tranquilo bajo esa claridad de ensueño, les mantuvo por algunos instantes abrazados en un mismo silencio, y acaso, en vez de palabras, las lágrimas hubiesen venido a sus ojos, como el llanto de la sombra acudía a las puntas de las hierbas, cuando Magdalena, volviendo en sí al ver las botas de charol de Latour, que brillaban suavemente al lado de sus chinelas blancas, murmuró con una voz desolada, con la expresión de la desesperación y del extravío máximos:

—¿Entonces, es verdad, te marchas?

Y como él, un tanto desconcertado, alegase evasivamente motivos de salud, razones de familia y, finalmente, Europa —razón ésta tan cómoda como vaga—, la querida, la variada Europa.

—¿Te marchas? ¡Sí, cuando la que allí te espera lo ordena, implacable para con la que te adora aquí; te marchas, cuando había yo soñado en mis locas ilusiones que por fin te quedarías; cuando la Virgen llena de clemencia parecía, desde el seno de las flores que le llevo todos los días, prometerme que te retendría; te marchas, cuando mi corazón hecho pedazos no desea más que seguirte, hasta el fin del mundo si quisieras! ¡Oh! ¡Te marchas, te marchas!...

El contestó con la cobarde e hipócrita alusión que hacen todos los hombres:

—Sí, es cierto, pero sólo los muertos no vuelven.

—¡Ah! —exclamó Magdalena, saltando sobre la hierba, donde habían acabado por sentarse—, ¿y crees que no te preferiría muerto y estar yo contigo en la noche eterna, antes que saberte en sus brazos?

Al decir las palabras "noche eterna", Magdalena, temblando, le enlazó con sus brazos y, como

si su imaginación, con la ayuda de la palabra, la hubiese ya dado a conocer la horrible escena, viva y obsesionante, de su posesión por otra mujer, se echó sobre él, estrujándole en una especie de delirio, olvidando que él estaba allí, debajo de ella, que sentía y oía: ¡Dios mío, Dios mío! ¡No, no quiero! ¡Ni la misma muerte me lo quitará! ¡Ni el cielo ni el infierno juntos!... Señor, perdóname —sollozaba la infeliz, que, abandonada por sus fuerzas, se desplomó, mientras que un torrente de lágrimas bañaba su cara, sus manos y el rostro de Latour, quien, después de estrecharla contra su pecho, la decía al oído lánguidamente:

—Vaya, no llores, tú sabes...

Pero Magdalena continuaba sollozando, tapándose la cara y repitiendo: “¡Por Dios! ¡Por el amor de Cristo!”, incapaz de articular otras palabras.

Latour, por su parte, muy conmovido también, no sabía qué contestar, cuando ella se levantó, decidida:

—Escucha, Eustaquio, ya que es preciso, vete. Pero teme las mayores desgracias si no me haces antes una promesa.

—¿Cuál, querida Magdalena?

—Júrame, primero, que harás lo que voy a pedirte.

—Sé que no pedirás lo imposible y juro.

—Pues bien, acabas de jurarme que no te casarás antes de dos años.

Bajó él la cabeza, dudó un instante y luego, con una voz imperceptiblemente más sorda:

—No tengo más que una palabra, pero dime, Magdalena, ¿por qué pides ese plazo?

—¿Por qué? Por nada. Podría decirte que es un capricho, una prueba. Pues bien, no, es mucho peor que si fuese un capricho: es un presentimiento... Puede suceder... Un presentimiento de algo inaudito... A veces se diría que la Virgen me ilumina, me aterra, veo...

Y estas reticencias decían lo que ella callaba, y de ello el último beso que cambiaron, se resintió, por lo menos, por parte de Latour.

Este, como le dije a usted, era pío; toda creencia lleva en sí un poco de superstición. Le afectó, pues, sobre manera, esa especie de maleficio constantemente dirigido contra la inocente criatura que le aguardaba en el país natal, y se embarcó para Francia presa de pensamientos que, aunque conseguía desecharlos, no dejaban de llenar su alma de una preocupación sombría y extraña.

Luégo no se oyó hablar más del ausente. ¿Qué sucedió allá? Lo único que se supo fue que unos siete u ocho meses más tarde, Magdalena recibió un día, por el medio indirecto que habían convenido antes de separarse, un telegrama. Con el corazón que le saltaba del pecho y con mano que la impaciencia hacía torpe, le abrió.

“Corina murió, reza ahora por ella”. Al leer estas palabras pensó la infeliz desmayarse. A través de la exaltación confusa de su amor, el remordimiento penetraba ya en la luz proyectada por la horrible realidad.

...Pasó un año. Pero el “Eclesiastés”, que con tanta fuerza ha descrito lo transitorio de las cosas de este mundo, no exceptuó ni el dolor ni las lágrimas. **Tempus flendi et tempus ridendi!** El dolor de Eustaquio de Latour se calmó poco a poco. Volvió en él la conciencia imborrable, a pesar de todo, de su juventud. Tal vez también experimentó ese misterioso influjo del amor, que despierta, que aguija los recuerdos del pasado, la punzante interrogación del silencio, la atracción indefinible de lo exótico, el recuerdo, en fin, de tantas emociones secretas unidas a los gritos de la naturaleza ecuatorial. Aunque no sean absolutamente aplicables a este caso las palabras de vuestro ilustre filósofo Joubert: “El tiempo destruye las pasiones mediocres y aumenta las grandes, del mismo modo que el viento aviva el fuego

y apaga las velas", por lo menos Latour sentía la nostalgia de esta tierra de Antioquia, donde había transcurrido un lapso inolvidable de su juventud.

Una tarde —como todas las tardes bajo las bóvedas silenciosas del Carmen de Antioquia— la hermana María de los Angeles se paseaba con algunas de sus compañeras por el patio del claustro. Estaba tan bonita en el marco de sus tocas y con su crucifijo como antes con el traje de baile y con su ramo de orquídeas, cuando se llamaba Magola Salazar, muerta ahora para el mundo. Acababa de cumplir veintidós años, y hubiera podido prescindir de confesar esa edad encantadora, si no fuese que al vocar su espíritu a más altas contemplaciones, estas santas hijas renuncian hasta a las más inocentes coqueterías del siglo. Precisamente, en aquel momento, una de las hermanas torneras, que la buscaba desde hacía unos instantes, se acercó a ella para decirle que, con permiso de la Madre Superiora, un sacerdote la esperaba en el locutorio.

Allá se dirigió sor María de los Angeles quedando, por un momento, sorprendida, al encontrarse con un sacerdote desconocido. Pero, de repente, ¿cómo reproducir la claridad deslumbrante que iluminó su espíritu? ¿Cómo expresar ese brinco del corazón que debió experimentar el abate Des Grieux al recibir, en San Sulpicio, la visita de Mannon Lescaut? Incapaz de articular una palabra, con las manos temblorosas llevadas lentamente a las sienes, con los ojos abiertos y sin casi poder respirar, retrocedía hasta la puerta por donde entrara como si se hubiese encontrado con un espectro.

—¡Eust! —balbuceó, por fin, como en sueños, apoyándose con una mano contra la pared, para no caerse—. ¡Usted! ¡Aquí!

El avanzó despacio y contemplándola a través de la reja, sereno y grave:

—¡Sí, yo, Magola!

Al sonido de esa voz, de esa voz de antes, la pobre niña pareció despertar en otro mundo. “¡Usted! ¡Usted!”, repetía con la expresión de una alucinada, en la que había talvez menos alegría que estupor. Pero, en seguida, volviendo a recobrar la conciencia del deber o, más bien, dando una prueba de los sentimientos opuestos que en ella combatían, y contemplando con una expresión casi imperceptible, indecible, de dolor y de triunfo, el largo manto negro:

—De modo... Una lágrima terminó la frase empezada, una de esas lágrimas que encierran años de vida, rodó, vacilante, por sus mejillas.

Y, sin embargo, Eustaquio no había profesado. El deseo, sólo el deseo loco de llegar hasta ella, le había sugerido esta superchería censurable, que favorecieron las tinieblas y el rapado del bigote. Pero al salir de allí, confortado y aliviado, una resolución digna de él se cruzó en su destino. Sin duda alguna, Magdalena estaba ahora ligada de por vida, como Ifigenia, al altar. No había fuerza humana que pudiese ya unirles, como no fuera la del rapto, que las creencias de ambos rechazaban. Pero esa sotana que endosó una vez y que era lo único que le permitía verla, no dependía más que de él el vestirla para siempre. La influencia de que disponía por su nacimiento y por sus relaciones apoyadas, por otra parte, en una voluntad decidida a remover todos los obstáculos, acabarían por hacerle capellán de ese convento. Allí, separados para siempre, desde luego, pero pudiendo verse, sabiendo que estaban el uno al lado del otro, reviviendo la enternecedora aventura del siglo XII, nueva Eloísa y nuevo Abelardo, disfrutarían de hecho de todas las ilusiones de la vida, de todas sus alegrías, menos de aquella que, talvez, es la que más inquietudes causa, la que castiga con el dolor inmerecido de tantas generaciones, el vértigo de un segundo.

Magdalena, evidentemente, debió compartir sus

miras, y después del tiempo que exigían los estudios sagrados y la ordenación, fue tema de suposiciones y de conversaciones para los que no estaban en el secreto de los dioses, el ver regresar, en calidad de director espiritual del Carmen de Antioquia, al ex ingeniero de las minas de Mosquito.

Y ahora, imagínese usted ese idilio o ese drama, como usted quiera, idilio o drama ignorado por todos, emparedado, enterrado detrás de la reja, en la tumba del confesonario; puede usted figurarse lo que debieron decirse, durante la media hora de conversación, a solas, mantenida todas las semanas; qué confidencias debieron hacerse y cuál fuera su desesperación, qué es lo que volverían a vivir en esos minutos y por qué crisis pasarían. ¡Qué combates entre la pasión y el deber, qué luchas —más trágicas que las que Racine ha podido inventar— habrán tenido lugar en lo más profundo de ese rincón oscuro durante tres años enteros! Evoque usted, tal y como yo mismo lo hago, su diálogo... Representése usted esos dos seres, el uno con el fuego cobrizo de los veintidós años y el otro con la lasitud noble y prematura de los treinta, y a ambos separados por la tenue rejilla de madera, uniendo la respiración, sintiendo sus labios a un dedo de distancia, pero sin poderlos juntar más que por el pensamiento, a través de un enrejado que nunca dejó rozarse dos mejillas...

Sí, nada más que tres años... La hermanita María de los Angeles dejó de existir. Tal vez al llamarla a sí tan pronto el Señor del Cielo quiso abreviar su incesante tormento. Se apagó en la claridad que tanto había deseado, como las estrellas se desvanecen ante los rayos del día, y fue llevada al nicho del cementerio, donde iremos todos, adornada con esas blancas coronas de azucenas, que no había dejado de merecer...

Obligado a ocultar al mundo su dolor, Latour

fue estoico. Sin embargo, después de ese choque terrible, desapareció de nuevo durante algún tiempo. Se dijo que fue a Roma, supongo que para hacer uno de esos terribles retiros que preceden y consagran los actos de contrición a los pies del Santo Padre. Luágo —misterio de los consuelos cristianos— volvió aquí, siempre erguido a fuerza de dominio sobre sí, en espera, como buen soldado, de que llegue la hora de su recompensa. Pero yo que sé le miro... Leo en sus rasgos demarcados la palidez de las noches de insomnio; sí, con esa ligera brusquedad con que ha visto usted que me saludaba, evita hablarme; es prueba de que el pasado no ha muerto. No insisto porque todo el sufrimiento... Se ha consagrado a los pobres peones, que le adoran como a un padre. Y su caridad es tanta como su santidad.

—¿No tenía yo razón —terminó diciendo el narrador— al decirle a usted que el amor aquí es algo muy serio, muy tierno, muy humano, pero que está también muy cerca de Dios?

Habría desde luego muchas otras cosas, y muy útiles —desde el punto de vista comercial, agrícola y minero, se entiende— que anotar respecto de esta región de Antioquia, más moderna por sus ideas que el resto de Colombia, más activa en el sentido de los negocios, más perseverante en transformar, en crear, pero también más triste, más exclusiva en su constante preocupación de ganar dinero. ¡Tierra de trabajo y de laboriosa probidad sea; pero, en cambio, al revés del alma bogotana, el alma antioqueña es poco literaria! Se diría que los ciudadanos de la capital tienen una parte mayor de herencia latina, son alegres, amables y disertos, mientras que los burgueses de Medellín tienen un espíritu más áspero, más yanqui, tienen algo de positivo, de cruelmente práctico, algo a lo que en definitiva se subordinan todas las tendencias sociales, hasta las mismas relaciones que consideran como algo infinitamente secundario y

de mera forma. Se echa de menos la expansiva cordialidad de Bogotá, se da uno cuenta de que nunca se traspasarán aquí los límites de la cortesía, sincera, pero estricta y fría, propia de los negocios. Es, pues, natural, que en Medellín casi no se reciba, que se salga poco, que se viva una vida de familia que, vista desde la calle por el que está de paso, parece estricta y de un aspecto más bien rígido. Y me pregunto si bajo este exterior apacible no se oculta la inquietud constante, la impaciencia eterna, el deseo carcomedor y falaz, por ser ilimitado y sin objeto, que es la esencia misma del carácter hebreo.

La herencia se muestra allí, irrecusable, esa herencia de las pobres turbas, míseras y temerosas, de toda esa piojería de los ghettos peninsulares que España, después de haberlos convertido *manu seculari*, embarcó un buen día con rumbo al Nuevo Mundo, donde tuvieron la suerte de que se les atribuyera, o la habilidad de atribuirse una de las regiones más ricas, de multiplicarse con una aplicación, con un celo bíblicos y de constituir el poderoso tronco actual. Siempre trepidantes y variados en sus expresiones, brotes de misticismo en la mujer, apasionada ordenación de guarismos en el hombre, son las mismas manifestaciones constantes, a través de los tiempos, de la intranquilidad semita —ensombrecida más todavía por los destierros y por los siglos de persecución—, empleada en llenar el vacío de la vida. Fuerza poderosa, fiebre y cáncer a la vez de esas almas. La joven sangre hispanoindia es más alegre, más sonriente para lo efímero, para aquello que gusta un día y que, después, se desvanece, pero también es más resignada, más indiferente en sus ambiciones, y está menos roída por la enfermedad de llegar a ser. Bogotá y Medellín son los dos términos más característicos de esa antítesis. Además, los antioqueños lo reconocen francamente. Y, aunque no lo confesasen, todo en ellos revelaría su incontes-

table ascendencia. Hasta su afición a los nombres israelitas. En las tiendas, en los carteles, en los periódicos, no se ven más que Ismaeles, Baltasares, Isaías, Benjamines, Samueles. Todo el Panteón de los Reyes, todo el Libro de los Jueces, se encuentra en cada familia, o, más, bien, en la gran familia antioqueña, ya que el número muy restringido de apellidos indica un inmenso parentesco inicial. En Antioquia el ciudadano que viene al mundo no tiene mucho donde elegir en cuestión de apellidos, y tiene veinte probabilidades de nacer Vélez, treinta de nacer Restrepo, cuarenta de oírse llamar Uribe y sólo diez de ser un García o un Zapata cualquiera. En efecto, aquí hay una cohorte de los primeros, una tribu de los segundos y, en fin, la legión de los Uribes pulula innumerable.

Sí, es una raza judía, fuerte, ágil, vivaz y complicada, la que explota esta tierra. Extrae el oro de los placeres, la plata de las entrañas de los filones, el azúcar y el café de los jugos de la gliba y con ese oro, esa plata, ese café y ese azúcar, constituye capitales, gira cheques sobre Londres, letras sobre París, en una palabra, hace dinero, con el mismo apresuramiento frío y con la misma altivez concentrada con que el **businessman** de Nueva York, en mangas de camisa en su oficina de Wall Street, os dirá, doblando la palma de su mano rapaz: **I make money**. Desde luego, hay gentes a quienes esta dura ley del dinero ha hecho sufrir, y más de un enamorado me recitó con cierto tono de despecho, que les hacía suyos, los versos bastante mordaces, y muy merecidos, que el simpático poeta Gutiérrez González dedicó a sus conciudadanos de Medellín, uno de los cuales había negado la mano de su hija al pobre forjador de versos que no tenía más fortuna que su lira de oro, para casarla con algún rico comerciante en paños de la localidad.

Y a propósito de matrimonio, ¡qué familias las

que hay en Antioquia! Es cosa corriente que no admira el ver doce, quince, diez y ocho hijos de un mismo padre y de una misma madre. Cuando llegan a veinticuatro el caso despierta algún interés, ya que hay familias que cuentan veintiocho y treinta hijos; bajo juramento me citan un caso de fecundidad —un verdadero record— el de una mujer de Ríonegro, madre modelo, desde luego, que tuvo treinta y dos retoños. Claro que para asegurar el pan a tales camadas, los padres tienen que trabajar de firme, pero ¡qué colaboradora más admirable encuentran en esta tierra generosa! El frenesí creador del hombre, nueva modalidad de su perpetua insatisfacción, se completa con la orgía productiva de la naturaleza.

Claro es que esa fiebre de vivir y de hacer vivir lleva en sí algunas enseñanzas, en lo relativo a la experiencia y a la madurez de juicio. Semejante *fight for life* ha inculcado en ese pueblo, notablemente inteligente, una sabiduría práctica, una facultad de observación que se traducen en dichos, en refranes familiares, con frecuencia mordaces. Los proverbios antioqueños se reputan por la gracia fina que les caracteriza. El litigante que pierde un pleito os dirá con filosófica resignación: “Más vale una cuarta de juez que diez leguas de buena razón.” Y el marido, aunque esté profundamente enamorado de su mujer, afirmará su autoridad en el hogar con esta declaración de principios: “Es el gallo el que canta en casa.”

Medellín es el corazón y el estómago de la región del oro, es la bomba aspirante-impelente de las grandes minas colombianas. No porque éstas estén situadas en las inmediaciones de la ciudad, sino porque es a ésta a la que afluyen, donde convergen los negocios, los informes y los lingotes, los propietarios y los arrendatarios de las minas aglomeradas en los cinco o seis puntos donde se concentra la explotación aurífera: Remedios, Amalfi, Cruces de Cáceres, Marmato, Concepción,

Andes. Las famosas venas auroargentíferas del Zancudo están a dos días de distancia, hacia el sur; las de Echandía, a tres; las de la Cascada, a seis; las de Cristales, Sucre y Bolivia, a cinco, en dirección al norte. Sería, por lo tanto, extraño, que el tema casi exclusivo o principal de todas las conversaciones no versase precisamente sobre esos misteriosos escondrijos de la naturaleza, sobre esos filones, en ocasiones ocultos de modo tan curioso bajo los repliegues de la roca, o que las disgregaciones ocurridas en épocas incalculables para nosotros han arrastrado, en forma de aluviones, al fondo de los valles recubiertos después. El oro se defiende, me decía un día uno de los ingenieros más distinguidos que han venido a Colombia. Y, en efecto, por poco interés que se muestre, todos os hablarán de sus temores, de sus esperanzas, cada uno aportará su contribución a la historia triunfante y dolorosa de las minas. Unas veces es el yacimiento cuya producción desciende a un porcentaje tan pequeño que hará estéril el incesante trabajo del minero, es la veta la que traiciona como si fuese una querida infiel, a la que, no obstante, se sigue pidiendo amor. Otras veces es la montaña avara la que os niega el agua; o, por el contrario, la que os inunda sin consideración de ningún género y arrastra todo en su derrumbe. Y a pesar de todo, ese jugador burlado continúa abrigando esperanzas, se aferra, y su anhelo por la infiel aumenta, como siempre, sostenido por sus proyectos desvanecidos y por la acumulación de sus rencores.

¡Es tan difícil, en estas grandes jugadas de dados de la batalla humana, resolverse a expulsar, a abandonar, como si se tratase de una mujerzuela, a la loca, a la suave, a la falaz confianza acrisolada! ¡Ha recompensado a tantos a pesar de sus traiciones! Y todos exageran al hablaros, aumentando con la riqueza de expresión del castellano,

la leyenda de los tesoros subterráneos. Y cada cual tratará de llevaros, suavemente, pero con persuasión irresistible, a visitar un su dominio, que constituye una reserva divina en la que, sólo con rasgar un poco, pero muy poco, se descubrirían riquezas, que dan miedo, como me decía uno de ellos antes de ayer. Me recordaba el individuo que en el Tolima me dijo con exuberancia —tartarinesca—: ¡Qué mina! ¡Caballero! ¡Esa mina no tiene igual en Colombia! ¿Qué digo? ¡Ni talvez en el mundo! ¡Ah! ¡Sería estupendo si ese montón de oro no estuviese mezclado con algo de tierra!

Luégo resultó que su Mecenaz natural era demasiado pobre para cubrir los gastos de la explotación moderna, que es la más económica y ia más remuneradora.

No todos, por lo demás, han hecho malos negocios; principalmente aquel que sacó 400.000 piastras en un recodo del Porce; otro que levantó una fortuna explotando a la colombiana, sin emplear dinamita ni cianuración, desde luego, una mina en Amalfi, y otros muchos, sin hablar de los que iniciaron la conquista, como los Gaspar de Rodas, los Diego de Ospina, los Pedro Martín Dávila, los Francisco Aguilar, cuyas fortunas, sacadas casi todas de las arenas del Anorí, sirvieron para comanditar la expedición a los llanos de Hernán Pérez de Quesada, y de todos aquellos que sacaron tantos pesos del suelo generoso de Antioquia y que hicieron de Medellín, desde el punto de vista del dinero, la primera ciudad de toda la república...

Cincuenta excursiones por los alrededores no satisfarían ni al vértigo contagioso de verlo todo ni al afán tiránico de los cicerones de enseñarlo todo. Una de las excursiones de que no se debe prescindir es la visita a los aluviones de Santa Rosa, colgados, situados en una amplia meseta, a dos mil metros de altitud, que parecen colocados allí por el irónico Edificador del mundo para desafiar

eternamente a todas las teorías de los geólogos.

El camino que conduce a esos aluviones atraviesa uno de los paisajes más grandiosos de esta inagotable Nueva Granada. Su nombre es La Quebra, cordillera estrecha, que presenta la estructura característica de este país, es casi un murallón proyectado entre dos abismos, agudo y fino pero, no obstante, resistente, ya que no cedió a la presión ejercida antaño por un lago.

Interpuesto entre las locas depresiones del Porcè, a la izquierda, y el río Nus, a la derecha, no ofrece más de diez metros de ancho en la cúspide. Es una verdadera cuchilla desde la que la mirada, espantada, cae sobre los abismos más inimaginables, más fantasmagóricos. Por mi parte, considero más imponente el valle del Porcè, perspectiva adecuada para las pupilas de las águilas, con su hundimiento entre dos declives babélicos que huyen paralelamente y que cierra allá, allá en el fondo, hacia el Cauca, un pico que se alza en una actitud de locura y humeante bajo el incendio del sol, y en el infinito, una vez más, esparcido, multiplicado, extendido sobre todo y por todo está ese azul imposible de traducir, ese azul inaudito, intenso, que uno se ve obligado a poner en todas las descripciones y que es, en realidad, el color característico de Colombia, como si la luz, antes de llegar a ella, hubiese atravesado una atmósfera de añil.

Si se andan cinco leguas escasas se experimenta una sensación de malestar que pasma, al caer en medio de una aridez repentina, lúgubre, agostada por los vientos de las altas mesetas; al encontrar esas tablas supremas, esas estepas peladas y secas hasta donde la vista alcanza, picadas de viruela, víctimas de horrible enfermedad, llenas de agujeros espantosos, de abismos carcomidos, entreabiertos, en cantidades fabulosas, cuyos bordes en forma de acantilados arrastran, con sus constantes desmoronamientos, el verde pálido de los pra-

dos rosas; y, finalmente, al descubrir, también de repente, en el mismo centro de esa soledad sin límites, a la altura del horizonte, las dos torres blancas de una iglesia que dominan la aglomeración acurrucada de Santa Rosa, triste mancha blanca, alta y sola en medio de una desolación increíble, semejante a una ciudad olvidada en medio del desierto.

Triste lugar. Se ven venir, a lo lejos, grandes cortinas de lluvias; descienden tristezas angustiosas de esas nubes grises venidas de las alturas, también grises, que se alínean en torno del horizonte, que no es más que un rezumo de los grises murallones; todo es gris; tristezas angustiosas producidas también por el horrísono bramido del viento en la noche, por las lúgubres habitaciones, desnudas, con sábanas frías y húmedas, con ventanas que cierran mal y con el piso de ladrillo, siempre mojado...

Qué alegría la de poder marcharse pronto, la de descender de un salto veinte leguas; y, al alegre repique pascual de las campanas, vuelvo a encontrarme en Concepción, en la margen derecha del río Nus, en un clima admirable, en el centro de una de las más ricas regiones auríferas de Colombia, próxima, además, al valle del mismo nombre, que es una especie de Tempe ecuatorial, que desciende a través de mil paisajes delicados, hacia los encantos del río Nare.

Durante el camino tomé parte —pura curiosidad, ya que el sentimiento religioso francés, por muy acendrado que sea, no puede ver en ello motivo alguno de exaltación— en las manifestaciones de Semana Santa, que se celebraban en el pueblecillo de San Roque. Nosotros, gentes del norte, no podemos acostumbrarnos a este dolor de encargo que parece tomado de las plañideras de la antigüedad, a este aparato fetichista, estatuas grotescas, lastimosas jeremiadas, que acompaña las procesiones del Corpus. Nuestra fe, y hasta el me-

ro respeto, rechaza toda inclinación hacia esas escenas de teatro de feria, hacia ese realismo, a la vez popular y mísero. Desde el balcón en donde me hallaba dominando el espectáculo, éste valía la pena de pagar por verlo. Seis o siete esculturas de yeso, más que de tamaño natural, en actitudes dolientes, vestidas y pintadas como caramelos, avanzaban oscilantes por entre la aglomeración de cabezas.

Eran aquéllas las de la Virgen revestida de faldaes de terciopelo negro constelado de oro, semejante a una característica del Ambigú, la de Cristo elevándose hacia su Padre, la de San José, rizado con tenacillas, vestido de frac con el clac debajo del brazo; otra que representaba, bajo el manzano fatídico, a nuestros primeros padres volviendo el uno hacia el otro las caras con la expresión más lastimosa y grotesca que darse pueda. Estas figuras se dirigían unas a otras, por boca de los que llevaban las andas, interminables discursos llenos de frases corteses y ceremoniosas, interrumpidas, de vez en vez, por las reverencias que los hombres imprimían a las andas con adecuadas sacudidas; repetíanse las invitaciones a visitarse de una iglesia a otra, de uno a otro altar, mediante los madrigales y las amabilidades más nauseabundas. Como me llamara la atención la ausencia, en esta fiesta familiar, de San Antonio, se me contestó que el vecindario no estaba en buenos términos con el santo porque éste, en reiteradas ocasiones, no había tenido en cuenta sus peticiones. En consecuencia, se le había bajado de su hornacina, se le había castigado sin salir a paseo, dejándole en un rincón para que meditase. Poco a poco la muchedumbre fue aumentando, el cortejo, asfixiado, se detenía a intervalos más o menos regulares, y salvo lo irreverente de la comparación, aquello recordaba la aglomeración de personas en el bulevar que impide el paso de una cabalgata de miércoles de ceniza.

Por la noche, en cambio, ese torrente de miles de velas llevadas lentamente por la muchedumbre, ofrecía un espectáculo verdaderamente pintoresco. Una amplia y suave claridad flotaba por encima, iluminando el gran cuadrilátero de la plaza y las llamas de las velas con sus oscilaciones daban la impresión de un mar de fuego que viniera a bañar los pies de las casas.

Luégo, cambiando una vez más de orientación, los zig-zags de mis correrías me llevaron hacia una zona más austera, más salvaje, que recuerda la tristeza de la Florencia antioqueña, a Yolombó y a Yalí, en las lomas próximas al río San Bartolomé. Fue una cabalgata entre sistemas irregulares de montañas, entre las prolongaciones de las sierras rojizas y tristes que se pierden en los horizontes de Amalfi y de Remedios. Poblados sombríos aquellos, enlutados por una epidemia de viruela loca, cuyos habitantes, de pie en los umbrales de las puertas, con las caras hinchadas, negras, parecen desde lejos parias, y en el fondo, perdida en medio de la selva, vive la pobre aldea de Yalí, que se adelanta, como un centinela de vanguardia.

Punta avanzada, exacto. La civilización, que ha llegado hasta allí, se ve de repente contenida por la barbarie cruel y armada que está en la vecindad. ¿Quién creería que a tres jornadas más allá, al otro lado de estas selvas próximas y del Magdalena, en las mismas proximidades del río, monta la guardia la fracción traidora de las tribus salvajes, restos inextirpables de los primitivos pobladores de la manigua americana, indios bravos, desnudos, feroces, ladrones, guerreros y antropófagos, con plumas en la cabeza, con anillos en la nariz y con los despojos del enemigo colgados en la cintura? Tal es, por lo menos, la descripción que corrientemente se hace de estas tribus del Opón y del Carare, a cuyos territorios el mismo gobierno no se atreve a enviar tropas.

Y al regresar, despacio, por los mismos cami-

nos que aquí me trajeron, me detuve un día, a la puesta del sol, en la cima desierta del cerro Tetóná, desde el que la mirada abarca, una vez más, uno de esos paisajes de vértigo que el pensamiento, lo mismo que la vista, se cansan al medirlos. . . El matiz especial de esta hora de la tarde, en la que el sol se inclina ya hacia la noche —el reflejo más dorado que lo baña todo—, la inmensidad que parece casi llana, a lo lejos, por efecto de la altura, inmensidad en la que no se advierte ni una raya, ni un camino, ni siquiera una casa, nada, salvo, a lo lejos, la pequeña silueta compacta y cuadrangular de Yalí; ese desierto del que no asciende el más leve rumor, ese silencio multiplicado por el silencio. . . El mapa completo de la región del este antioqueño está aquí, en síntesis, a mis pies, dando, con la ondulación indefinida de las selvas azules, una absoluta impresión de océano, de mar cálido. Alrededor del doble pico salvaje —turgente como los soberbios senos de una india, cuyos pezones, aislados en el cielo, parecen dos fortalezas próximas al sol— se extiende un levantamiento ilimitado de ondulaciones muy bajas, que la distancia achica contra el suelo, dándoles la apariencia de toperas aborregadas, musgosas, carentes de orden y de dirección. Un hilo que, más bien se adivina que se ve, perceptible por un instante en los confines violáceos de las lejanías, representa —¡no me engaño!— al Magdalena que corre perdido en el fondo de profundidades ingentes y a Dios sabe cuántas jornadas mortales de distancia, en medio de inimaginables horrores, de incalculables podredumbres, de infiernos de mosquitos y de ofidios, ¡qué horror si hubiera que arrastrarse hasta llegar a él bajo la bóveda de esas terribles selvas vírgenes que, sin embargo, vistas desde aquí parecen solemnes y serenas! Y al contemplar por última vez, con un poco de gravedad inevitable, los paisajes de la Colombia central, he aquí que, lentamente, idealmente, por en-

cima de los picos cortados, matizados de tintes oscuros y neutros de la tierra de Upar algo se eleva, vacila y termina por dejarse ver, imperceptible, temblorosamente, algo, pero tan incierto, perfilado tan pálidamente, tan desvaído que no se sabe lo que es. Es el retroceso, el espejismo, cabría decir, de las cordilleras de Santander; no hay términos para describir ese despliegue de los espacios; las palabras limitarían demasiado las proporciones de un abismo semejante... y, entre tanto, desde la cima pelada, desde mi balcón celeste—que rozan, al describir enormes círculos, los aletazos de los buitres—, contemplo, soñador, desde estas cimas mías, lentísimas las sombras de las nubes, viajar...

Soñador... Allá, en efecto, sobre las mesetas ondulantes que me ocultan la vista de Bucaramanga, empezaba antaño el reino de los jesuitas, el territorio de esas Misiones del Meta, sobre las que se ha hecho un increíble silencio, y que, sin embargo, fueron émulas florecientes de las del Paraguay, también desaparecidas, y un como más conocidas. No se encontrarían en Europa mil personas que pudiesen hablar de las primeras. Y, sin embargo, se llevó a cabo allí, en una extensión equivalente a la mitad de la Francia y durante dos siglos, un ensayo social de un alcance y de un interés incalculables. Todos los sueños modernos de ciudad ideal, de felicidad universal y futura se habían realizado al pie de sus montañas por esos intrépidos innovadores que, asqueados ya entonces de la civilización de su época, juraron dar al mundo, en las soledades ignotas de América, un ejemplo, creado en todos sus aspectos, de Estado modelo y feliz. Su socialismo teocrático había aportado a sus gobernados una felicidad, sin brillo desde luego, pero real, felicidad que todas las cuchufletas y todas las tergiversaciones de Voltaire—este sistema de razonar no es de ahora— no han logrado invalidar. Y es curioso advertir que

los "Centros de Estudios Sociales" no saquen de ese ensayo argumentos para la lucha actual de las ideas.

¡Qué fe de apóstoles, qué tenacidad pacífica incansable fue necesaria para el desarrollo de sus grandes concepciones!

En primer lugar, desde sus colegios instalados sucesivamente en Santafé, Cartagena, Tunja, Honda, Mérida, Vélez y Popayán, ramificaban su oculta autoridad, aprisionaban en su red toda la Nueva Granada española, de manera que les fuese posible ejercer sobre los destinos del país el control moral, que se ha mantenido, aunque debilitándose, hasta nuestros días. Luégo la selva, la naturaleza bárbara, les atrajo, invitándoles a proseguir su sueño de crear la República de Dios y, alentados por Felipe II, descendieron por el Meta, remontaron por el Orinoco y la mancha de aceite fue extendiéndose en medio de las inmensidades vírgenes de las montañas y de los llanos de Boyacá y de Casanare, donde sus misiones de El Pilar, Asunción, San Xavier, San Ignacio, San Salvador y veinte más, llegaron a poseer riquezas agrícolas y ganaderas que todavía son proverbiales en la región. Su crónica, debida al P. José Casiani, cautiva por el cuadro minucioso que traza de su expansión metódica y por la ardiente embriaguez proselitica que revela por parte de los abanderados de la doctrina definitiva —creían, por lo menos, que así sería—. Vivían en un estado de alma elevado y satisfecho, digno de la primitiva Iglesia. Aquí, lo mismo que en el Paraguay, sus expediciones de descubierta remontaban los ríos en barcos adornados con flores, rodeados de nubes de incienso y de melodías musicales, en los que los religiosos, revestidos con sus trajes sacerdotales, cantaban salmos y elevaban la sagrada forma ante las tribus salvajes que, curiosas e intimidadas, acudían a las orillas. Subyugadas por este boato y esa suavidad muchas de ellas, hasta

algunas de las que se mostraron más feroces y crueles contra los precedentes conquistadores, se sometieron. En realidad, no tropezaron con barreras infranqueables más que al llegar al territorio de los sálivas, en las márgenes del Guaviare, donde los PP. Fiol, Theobart y Bek fueron asesinados en sus respectivos establecimientos de Cataruben, Dunia y Cussia. Pero nuevas vocaciones brotan de la sangre de los mártires. . .

¡Y decir que hoy, de esa "Viña de predilección", regada con tantos sudores, todo ha desaparecido! La labor de dos siglos, la ciudad de justicia y de amor divino, hasta la civilización que ellos habían proyectado sobre esas tierras exuberantes, todo ha sido ahogado, todo ha sido abrogado, tanto en el llano como en la selva, sin que quede casi rastro. En quien profesa, como yo, el respeto profundo, casi cultural, por todo esfuerzo humano, si es persistente y sincero, ese aniquilamiento de una de las obras más desinteresadas y más grandiosas provoca un sentimiento doloroso. . . ¡Extraño destino el de esa orden perseguida sucesivamente por todos los gobiernos del mundo, incluso el papal, expulsada de todos sus territorios no obstante estar dotada de maravillosas facultades, de un instinto de colonización sin igual, talvez único entre las asociaciones religiosas ya que, después de su expulsión, en 1773 por el virrey marqués de la Vega de Armijo, ejecutor de la doble sentencia de Clemente XIV y de Carlos III, sus establecimientos, confiados a los agustinos, a los dominicos y a los capuchinos, cayeron casi inmediatamente en la anarquía y luego en un abandono que fue total en 1810.

Desde luego que había graves defectos en su organización tan minuciosamente reglamentada, tan exacta y mecánicamente montada en apariencia y cuya historia crítica y comparada no se ha escrito. "Soy hoy coronel y sacerdote, decía a Cándido, el padre general paraguayo. Resistimos

con vigor a las tropas del rey de España; le aseguro que serán excomulgadas y vencidas.”

Desgraciadamente para ellos, los reverendos padres paraguayos no siempre mostraron una actitud tan decidida; sobre todo la que adoptaron al principio fue muy distinta. Creyendo, con una simplicidad inverosímil en ellos, conciliarse la paz por parte del rey católico, cometieron el error de aceptar el pago que se les pedía de la tasa de una piastra por catecúmeno, dejando así sospechar el manantial inagotable que su “sistema” tenía en los pueblos sometidos por medios tan persuasivos. Y, en efecto, fueron también sus riquezas las que perdieron en el ánimo de Carlos III a las misiones del Meta.

Otro escollo que presentaba ese sistema de gobierno lo constituía su misma reglamentación extremada y minuciosa, demasiado perfecta y, también, la felicidad media, pero pasiva y mecánica, de que rodeaba a todos sus gobernados. Nada se dejaba a la iniciativa individual, nada estaba previsto con miras a la individualidad, nada se había tenido en cuenta para poner, de vez en cuando, el valor y el ingenio del hombre frente a frente con las dificultades de la naturaleza. Por el contrario, cualquiera que fuese el ascendiente que los padres estuviesen seguros de ejercer sobre los indios socializados, nunca su prudencia declinó al punto de poner en sus manos ni una espada ni un arcabuz, y siempre los desarmaron escrupulosamente al regreso de algunas expediciones victoriosas a las que se habían visto obligados a asociarles.

Ese fue el verdadero origen del aniquilamiento a que antes me refería. Habían formado un rebaño de esclavos tímidos, felices desde luego, pero esclavos al fin y al cabo. Para la felicidad de esas multitudes domesticadas lo habían hecho todo, todo lo tenían calculado, especializado, igualado el trabajo, asegurada la vejez, moralizada la juventud, atendidas las enfermedades, rodeada la muer-

te de consuelos, apartado hasta el trabajo de vivir. Pero ¡ay!, olvidaron una cosa: enseñar al hombre a ser hombre, olvidaron hacerle sentir un poco de infortunio. Pero, por lo visto, esto era imposible, eso hubiera sido como la negación de su talento. No hay, pues, que extrañarse, de que no hayan dejado nada detrás de ellos: tuvieron ya su recompensa en vida.

Y hoy la historia se repite, hoy, que la idea de concepciones igualmente generosas obsesiona con su ilusión la mente de muchos de nuestros contemporáneos, ese ejemplo del resultado obtenido por la absorción total del individuo por el Estado, por un Estado que era el del mismo Dios, que participaba, por lo tanto, de su unidad y de su virtud, merece detener, por algunos instantes, la atención de los filósofos...